10435

ANTONIO PASO
S. MARTÍNEZ CUENCA

SU DESCONSOLADA ESPOSA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

Adaptado a la escena española
de la obra "Un Reveillon", de Pierre Verber
y Henry de Corsse.

Copyright. by Paso-Martínez Cuenca. 1924

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1924

15

SU DESCONSOLADA ESPOSA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôlande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Su desconsolada esposa

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

Adaptado a la escena española de la obra "Un Revillon", de Pierre Verber y Henri de Crosse,

POR LOS SEÑORES

A. PASO - S. MARTINEZ CUENCA

Estrenado con gran éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 18 de enero de 1924

Copyright. by Paso-S. Martínez Cuenca. 1924

MADRID
TIPOGRAFIA "FENIX"
Génova, 17 - Teléfono 772-J
1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MAGDALENA	Aurora Redondo
DORA	Carmen Sanz
CASILDA	Concha Bravo
PAULA	Isabel Redondo
TACIANA	María Mayor
DOÑA GALA.....	Ana Ferri
LAZARO RETAMA....	Valeriano León
CESAR LAPUNTILLA.	Manuel Luna
DOMINGO	Federico Gorriz
COMISARIO.....	Manuel Perales
CASTAÑUELA	Mariano Azaña
SIMON	Carlos Díaz
OBDULIO.....	Antonio Braña
FRANCISCO	Joaquín Villanueva

Epoca actual

672932

ACTO PRIMERO

Comedor modesto; el foro pared lisa y cerca de la unión con la lateral izquierda del público, puerta de entrada que fora un trasto de pasillo; lateral izquierda lisa y adosada a ella dos pies de los llamados burros y encima un tablero que hace los efectos de mesa de despacho; sobre ella papeles y un libro grande. En el centro del testero del foro, un poco a la derecha del público, un cuadro indicador de timbres, pero con más números que los seis u ocho que tienen éstos de ordinario. Claro está que los números no deben verse hasta que suene el timbre. Lateral derecha puerta de entrada. A continuación un chinero modesto y encima, que se vea bien desde el público, un despertador. En el centro, mesa de camilla, sillas también modestas y un aparato de luz eléctrica, igualmente modesto.

(Al levantarse el telón se supone que son las nueve de la noche. TACIANA, mujer de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, vestida másbi en mal que bien, está poniendo sobre la mesa un mantel, platos, vasos, etcétera. Dentro de la lateral derecha, PAULA, de unos quince años, está cantando a grito pelado.

PAULA — Cruz de mayo, sevillana.
Cruz de mayo que en mi patio
levanté, etc., etc.

TACIANA — *(A voces.)* ¡ Chica ! ¡ Paula !

PAULA — *(Cantando más fuerte.)* Cruz de mayo, etc.,

TACIANA — Maldita sea mi vida y la hora en que Dios me dió hijas pa ésto. ¡ Chica ! ¡ Paula !

PAULA *(Vociferando más en el estribillo.)*
Noche de mayo en Sevilla
lo vés.
Noche de mayo en Sevilla
lo vés.
Noche de mayo en Sevilla
lo vés.

TACIANA *(Acercándose a la puerta.)* ¡Lo ves como te voy a tener que atizar! Y que no voy a reparar en la noche que es, ¡maldita sea tu casta

PAULA *(Desde dentro.)* Pero, ¿qué quié usté, madre?

TACIANA ¿Que qué quiero? Que te dejes de la chanzoneta y te preocupes un poco del besugo, a ver si se nos pega.

PAULA *(Saliendo.)* Pero si ya está apartao, y la sopa de almendra también y la lombarda aliñá.

TACIANA Pues dedícate a cascar unas cuantas nueces, y por lo que más quieras, no me cantes, porque me vas a dejar sin cena.

PAULA ¡Ah! ¿Es que tengo mala voz? Pues sepa usté que si quiero doy un la sostenido.

TACIANA Sostenido tié que ser, porque lo que es por tí sola...

PAULA Y doy más expresión a lo que canto que mi hermana.

TACIANA No me hables de tu hermana si quiés que tengamos la cena en paz. ¡Tu hermana! Dí tú, que en vez de padre lo que tenéis es un Don Nicanor golpeando el parche; pero si fuá un hombre como Dios manda, ¿de dónde iba a estar esa cantando en los concertes y pasándose la noche en los Masines?

PAULA Eso era antes; pero desde que vive con el médico ese que la quié a cegar, está que no es conocía; abono a coche, palco en los estrenos, abrigo de «pitigrí» y un perro de esos que sirven de perro y de acerico. ¡Suerte!

TACIANA — Pues sabes lo que te digo, que yo he tenío también diez y ocho años, y feo está que lo diga, pero he sio tan guapa como puea serlo tu hermana, lo que se dice mu guapa, como que salía a la calle sola y volvía que se interrumpía el tránsito !: viejos, jóvenes, obreros, señoritos... En fin, una mañana, un piquete de soldaos que se conoce que iba al relevo, me vió, dió media vuelta y me acompañó hasta casa.

PAULA — ¿Y a qué viene ahora eso?

TACIANA — Viene, a que si yo hubiá querío descarriarme, ocasiones no me faltaron, y sin embargo, preferí casarme con el calzonazos de tu padre que era el Benlliure de los escayolistas y sujetarme a un jornal, a vivir con el pelo cortao, y destornillándome las caderas por esos Musicoles. Lo que no he podido ahorrar de dinero lo he ahorrao de vergüenza.

PAULA — Pero es que hoy día tié usté dinero y va a toas partes, y con vergüenza na más, tó lo más que pué ir es a ver la Parada, que es gratis.

TACIANA — *(Indignada.)* Con vergüenza voy yo hasta San Pedro de Roma, y por donde respiras tú ya lo sé yo muy bien; tú te has empeñao en seguir los pasos de la Isidora, de tu hermana, y eso no, Paula, porque si tu padre no se siente padre, yo madre me siento enseguida y pa que tú te pongas a soltar gallos o a dar piruetas, me tengo que quedar «parálisis» de los dos brazos y de los dos piés, porque una mano na más que me quee ágil, te la echo así al moño y no sé si al entrar en casa entraría contigo, pero que entraba con tó el pelo, eso jurao como esta noche es Nochebuena.

PAULA — Sí que me la está usté dando buena, sí.

TACIANA — Pues no hablemos más del asunto, y a lo nuestro. ¿Le has dejao al besugo salsa abundante?

PAULA — Está que rebosa.

TACIANA — Sí, porque tu padre se ocupa de traernos convidaos, pero de darme más dinero... eso que ni le hablen.

PAULA — ¿Pero a quién ha convidao?

TACIANA — Pues según me ha dicho vienen Castañuelas, ese que está empleao en la Agencia de Pompas que se titula: «Adiós para siempre», y Simón el cochero, que creo que sirve en la misma casa.

PAULA — Vaya dos personajes.

TACIANA — Y qué quies, hija; por razón de su cargo, tu padre no se codea más que con esa clase de gente; si en vez de ser el conserje de una Sacramental, fuese el conserje del Museo, pues se trataría con Don Velázquez, con Don Goya o Don Romero de Torres; según dónde se está así se tienen las amistades, y tos los oficios son buenos cuando se gana la libreta honradamente. *(Por el foro entra CASTAÑUELAS, de unos veintiocho a treinta años; viste decentemente, pero pobre. Es de un caracter alegre y simpático.)*

CASTAÑUELAS — *(Desde la puerta del foro.)* Santas y turroneras.

TACIANA — ¡Castañuelas!

CASTAÑUELAS — *(Avanzando.)* ¿Y el señor Domingo?

TACIANA — Qué se yo; se fué a la pará del tranvía a esperarte a tí y a Simón; ahora que como él confunde la casilla del guarda-vía con la taberna que hay un poco más allá, pué que se haya metío allí equivocadamente.

CASTAÑUELAS — A ver si se equivoca y se emborracha allí también, porque esta noche donde hay que emborracharse es aquí.

TACIANA — Lo que me extraña es que no hayas venío tú con Simón.

CASTAÑUELAS — No he venío porque desde anteayer no estamos ya en la misma casa.

PAULA — ¿Te han despedido?

CASTAÑUELAS — Me he despedido yo.

TACIANA ¿Qué me cuentas?

CASTAÑUELAS Sí, señá Taciana, era mucho trabajar y de ésto. *(Haciendo ademán de contar dinero.)* mu poco, y mal está que yo lo diga, pero el alma del «Adiós pa siempre» era un servidor. Que yo al Juzgao municipal, que yo al médico forente, que yo a la imprenta...

TACIANA ¡Ya, ya!, destrozarás una de botas...

CASTAÑUELAS Las botas no me preocupan, porque me calza un cuñao mío que es chófer.

TACIANA ¿Pero es que llevas llantas?

CASTAÑUELAS Casi, casi; porque me dá peazos de las cubiertas que se le rompen y yo las utilizo como suela de goma, y mu bien que ando.

PAULA *(De broma.)* A cuarenta por hora.

TACIANA ¿Entonces te has quedao sin trabajo?

CASTAÑUELAS Cá, no señora; ayer mismo encontré trabajo y en buenas condiciones.

TACIANA ¿En el «Trú», quizá?

CASTAÑUELAS No, en esa agencia que se ha abierto hace poco en la Plazuela de los Afligidos.

TACIANA *(Como recordando.)* ¿Una agencia de Pompas en la Plazuela de los Afligidos?...

CASTAÑUELAS Sí; una que se titula: «Con que te vás y me dejas».

PAULA ¿Y decías que no estaba mi padre en la pará del tranvía?

CASTAÑUELAS No estaba, no; por lo menos yo no le ví.

TACIANA ¿Hace niebla?

CASTAÑUELAS ¿Qué va a hacer? Si hay una luna que paece de día; lo que hace es un airecillo que se mete en los huesos.

TACIANA Echate un vaso de vino, eso te entonará.

CASTAÑUELAS Sí que me lo voy a echar, sí. *(Coge el frasco, echa un vaso y se dispone a beber a tiempo que por el foro se oye a Domingo que dice.)*

DOMINGO *(Desde dentro.)* No te preocupes, cuando os vayáis cerraré yo.

TACIANA Ya está ahí tu padre.

DOMINGO *(Entrando con Simón.)* Aquí no hay miedo; no se atreve a entrar nadie.

SIMON ¡Claro! *(Saludando.)* Buenas noches.

DOMINGO *(A Simón, señalándole a Castañuelas que está bebiendo el vaso de vino.)* No te lo dije. Miálo ahí. ¿Es telepatía o no es telepatía? Desde la taberna del señor Cumbreras que he adivinado que estabas aquí ya.

SIMON A mí me lo ha dicho. «Simón, vámonos pa la Conserjería porque estoy viendo al Castañuelas que ha llegao ya».

DOMINGO ¿Y qué te he dicho más?

SIMON «Y pué que le esté metiendo mano al Valdepeñas»..

DOMINGO ¿Es telepatía o no es telepatía?

TACIANA *(Con chunga.)* ¿Sí? Pues que te diga éste. *(Por Castañuelas.)* lo que le estaba yo diciendo cuando me dijo que no estabas en la pará del tranvía.

CASTAÑUELAS Es verdad, me decía: ese ha confundido la taberna con la casilla del guarda-vía y allí está.

TACIANA ¿Es telepatía o no es telepatía?

DOMINGO Es gana de fastidiar que tienes, porque te oyen otros que no sean éstos, ese caso de auto-sugestión, y creen que servidor es un inconsciente del dios Baco, y a mí, no niego que me guste un vaso de vino, pero de eso a domiciliarme en una taberna hay mucha diferencia. Esos que se están una hora y otra, y copa vá y copa viene, eso no es pá mí, vaya. ¿Qué hay que hacer? ¿Beberse seis frascos o acabar con una bota de arroba? Pues, escancia que se hace tarde y a escupir a la calle.

SIMON Tiés razón; lo que haya que beberse, pronto.

DOMINGO Bueno, ¿y de cena, qué?

TACIANA Prepará pa cuando tú dispongas.

DOMINGO Que va a ser ipso facto porque aunque la noche está clara, está fría, y pa la frialdad no hay ná como deglutir.

CASTAÑUELAS ¿No esperas a nadie más?

DOMINGO ¿A quién? Yo no tengo más amigos que vosotros, y en cuanto a familia... es decir, en cuanto a familia... sí que falta la primogénita...

TACIANA Mejor que nosotros cenará ella.

PAULA En vez de besugo tendrá faisán.

TACIANA Y no beberá Valdepeñas.

DOMINGO Y más vale que sea así.

TACIANA ¡Ah! ¿De manera que a tí te parece bien?

DOMINGO Sermones esta noche, no; a mí ni me paece bien ni me paece mal; es la vida, señor. Le tiraba el arte y el arte se la ha llevao.

SIMON ¿Habla usted de Isidora?

DOMINGO De Isidora. Mejor dicho, de Dora la Cometa, como se llama en el mundo artístico.

CASTAÑUELAS ¿Y por qué fué ponerle ese mote?

DOMINGO ¡Phs! Vaya usted a saber. Ella al principio de dedicarse al cuplé se llamaba Dora na más; pero como de pronto empezó a subir y a subir y a remontarse sobre las demás, pues no sé qué periódico la comparó con una cometa, y la Cometa la llamaron y con la cometa se quedó.

PAULA Ahora no trabaja.

DOMINGO La retiró un médico con la mar de dinero, que está loco por ella y que según mis noticias la vá a llevar a la iglesia, pero que muy pronto.

TACIANA Eso es lo que es menester, que se case como Dios manda.

CASTAÑUELAS A mí me han dicho que tié un gancho pa los hombres.

DOMINGO Estética que le hemos dao nosotros y na más.

PAULA Bueno, ¿pero cenamos o no cenamos? *(En este momento entra por la puerta del foro Dora, guapa elegante, con un magnífico abrigo de piel. En la mano trae un paquete con turrones, peladillas, etc., y semiocultas trae dos botellas de Champagne.)*

DORA *(Que ha oído la pregunta de Paula.)* Hasta que yo me siente a la mesa, no.

PAULA Y DOM. ¡Isidora!

TACIANA ¡Hija!

DORA *(Avanzando.)* ¿No me esperábais, verdad?

TACIANA ¿Pero quién iba a suponer...?

DORA *(Dándole el paquete a Taciana.)* Tome usted, madre; Jijona, yemas y unas figuritas de mazapán, que supongo les gustarán.

DOMINGO Más de lo que te figuras.

DORA Y ésto para los postres. *(Entrega las dos botellas.)*

CASTAÑUELAS *(Con alegría.)* ¿Son del Gaitero?

DORA ¿Del Gaitero? Champán del mejor.

DOMINGO A propósito, Simón, dile aquí a éstos lo que te decía yo hace poco en la taberna.

SIMON No recuerdo... ¡Ah, sí!... «Con qué gusto me bebería yo esta noche una copa de champagne...»

DOMINGO *(Señalándolos.)* ¿Eh? ¿Es telepatía o no es telepatía?

TACIANA ¿Quiés no darnos más la lata con la telepatía?

DORA Sí, padre, no se ponga usté pesao antes de tiempo. *(Quitándose el abrigo y dándoselo a Paula.)* Toma tú, ponme ésto encima de la cama.

PAULA *(Cogiéndolo.)* ¡Vaya abrigo!

DORA Pues si vieras otro que tengo de «pitigrí» y otro de Mongolia.

PAULA Pues yo tengo uno que cuando me lo pongo no pueo pasar por el Mercado, porque ver la cordilla y mayar to es uno. *(Todos rien. Paula entra a dejar el abrigo y enseguida sale.)*

DORA Bueno, preséntame a tus convidados.

DOMINGO Aquí a Simón, ya lo conoces...

DORA ¡Ah, sí! ¿Qué tal, amigo Simón?... *(Dándole la mano.)* ¿Se trabaja mucho?

SIMON Mucho; sobre tó este mes de diciembre y enero...

DORA Bueno, pero su trabajo no es para matarse.

SIMON Es que no se trata sólo de venir aquí o a donde sea con el coche, es luego cuidar

el ganao, limpiarlo. Y con to eso paso yo; lo único que me molesta es cuando me tengo que poner la peluca blanca y el sombrero de picos. Usted no sabe lo que molesta la estopa esa en la cabeza.

TACIANA — Bueno, pero eso es de vez en cuando.

DOMINGO — *(Presentando a Castañuelas.)* Aquí es Castañuelas.

DORA — ¿También cochero?

CASTAÑUELAS — No, señora; yo soy el que corre con toas las formalidades... Registro... Médico... Imprenta... Ayuntamiento...

TACIANA — Muy buen chico.

DOMINGO — Y muy alegre.

CASTAÑUELAS — Por necesidad, porque si encima de las cosas que tié uno que ver, fuera triste, tenía que comprar la antipasmódica por medias arrobas.

PAULA — ¿Y tú, qué novedad es ésta? ¿Cómo has venio a cenar con nosotros?

DORA — ¡Qué quieres! Me parece que no será esta noche sola la que cene.

DOMINGO — ¿Está el médico de viaje?

DORA — Está... entretenido con otra; no hay quien me lo quite de la cabeza.

TACIANA — ¡Que te ha dejao!

DORA — Y aunque así fuera, ¿qué?... ¡Vaya bendito de Dios! ¡A morirme que iba yo por eso!...

PAULA — ¿Pero no te ibas a casar con él?

DORA — Eso me decía y me lo juraba; pero tos los hombres son lo mismo.

DOMINGO — Pues mira, lo siento; porque según malas lenguas era una eminencia.

DORA — Eso sí; de los mejorcitos médicos de Madrid.

SIMON — Y ahora por Pascuas habrá tenío una de regalos...

DORA — Muchos. Todas las funerarias le han mandado algo... Bueno, pero dejémonos de cosas tristes y vamos a pasar alegremente la no-

che... ¿Qué es lo que tienen ustedes de cenar?

TACIANA — Sopa de almendra, besugo, lombarda... lo corriente.

DOMINGO — Lo corriente y lo clásico.

DORA — *(Aplaudiendo.)* Bravo, bravo. *(Reparando en el cuadro indicador.)* Pero ahora que me fijo, ¿ese chisme no estaba antes?

DOMINGO — Qué había de estar si no hace cuatro meses que le han puesto.

DORA — Bueno, ¿pero eso qué es?

DOMINGO — Pues eso es... cómo te lo diría yo, eso es...

TACIANA — Un chisme inútil.

DOMINGO — No creas que vá descaminá, tu madre. Eso es una cosa que se le ha ocurrido a un sabio de esos que siempre están maquinando y que el Ayuntamiento, como vía de ensayo, los ha mandao colocar en tos los sitios así como éste, ¿comprendes?... Según se explica es pa evitar esos casos de muerte aparente que dicen que se dan con bastante frecuencia...

DORA — Catalepsia.

DOMINGO — Eso, pa la catalepsia.

DORA — ¿Y qué hace ese aparato?

DOMINGO — Pues ese aparato es una cosa así como un teléfono; al individuo, al mismo tiempo de meterlo en su última morada, le colocan sobre los labios una placa sensible que comunica con unos hilos que a su vez comunican con ese timbre, ¿qué es cataléptico y vuelve a la vida?, pues pa volver a la vida lo primero que tié que hacer es respirar y al respirar la placa se impresiona y hace funcionar el timbre y aparece en ese cuadro el número correspodiente al sitio que ocupa el... como si dijéramos recién nacido.

TACIANA — ¡Una tontería!

SIMON — Pues yo he oído hablar de eso como si fuera un invento del otro mundo.

DOMINGO — Y del otro mundo es; ahora que hasta la fecha no hemos tenío ningún recao.

TACIANA — Eso sí, como molestias no ha dao ninguna.

DOMINGO — Y además, nos sirve de adorno, porque estaba el testero que daba una impresión de desierto de Sahara... ¡Cochino dinero!

TACIANA — Pues que no te falte el sueldo es lo que debes de pedir a Dios.

DOMINGO — ¿Sueldo? A cualquier cosa le llaman sueldo aquí en este país. Cuarenta y cinco duros mal contaos y de los cuarenta y cinco tiés que contar, que no cuentas con ellos: cédula, seguro médico y el sellito móvil. Maldita sea, mía que obligarnos a pagar un timbre. Es lo que más rabia me dá, el timbre. *(En este momento suena el timbre y en el indicador sale el número 15.)*

TODOS — ¡El timbre!

DOMINGO — *(Excitado y sin darse cuenta.)* Sí, señor; el timbre.

PAULA — Si es que suena ese timbre, padre. *(Señalando e lindicador.)*

DOMINGO — ¿Que suena? *(Vuelve a sonar más acentuado.)* ¡Pues es verdad!

CASTAÑUELAS — Y que por lo visto tiene prisa.

DOMINGO — ¿Qué número es?

DORA — El 15.

DOMINGO — La niña bonita.

TACIANA — Domingo, no tomes a broma estas cosas, que se trata de la vida de un semejante.

DOMINGO — Pero es que a ese semejante ya se le podía haber ocurrido despertar a otra hora; éstas no son horas de levantarse. *(Vuelve a sonar el timbre.)*

DOMINGO — *(Dirigiéndose al indicador y enfadado.)* Ya voy, hombre, ya voy. *(Se dirige al tablero que hace de mesa en la izquierda y abre el libro grande y va buscando con el dedo el número.)* El 15, aquí está. Vino hace cuatro días.

TACIANA — ¿Quién es?

DOMINGO — *(Leyendo.)* Lázaro Retama y Cantueso.

TACIANA — ¡El droguero de la calle del Ave María! ¡Válgame Dios!

DOMINGO — *(Leyendo, pero pronunciando las palabras para que casi no se dé cuenta el público.)* Patio de Nuestra... Manzana... Nicho... Bueno, vamos allá. *(A Simón y a Castañuelas.)* ¿Venís conmigo?

SIMON — Pues claro.

CASTAÑUELAS — Y si es preciso echarte una mano, te se echa.

DOMINGO — Preciso será, porque pa mí que el guarda esta noche con eso de ser Nochebuena, estará pa que lo guarden a él. Vamos.

SIMON Y CAST. — Vamos. *(Hacen mutis los tres por la puerta del foro, echando por la izquierda del público. Hay un momento de pausa. Suena el timbre un momento.)*

PAULA — Sí que nos va a dar la cena el inventito ese.

DORA — Ya, ya; yo me he quedado helada.

TACIANA — Después de tó, no tié na de particular.

DORA — No diga usté eso, madre. ¡Un hombre que lo han enterrao vivo! ¡Es horrible!

TACIANA — Es horrible porque se sabe; cuando no se sabe no tié importancia; y ya ves, gracias a ese chisme lo van a salvar.

PAULA — Si no se muere él del susto al verse como se estará viendo.

DORA — Yo en su pellejo si que me moría.

TACIANA — Tú, como ésta *(Por Paula.)* y como yo y como tós, lo que estarías deseando es verte otra vez en la vida; con los tuyos; la familia... los amigos...

DORA — ¿Y usted por lo visto lo conocía?

TACIANA — Conocerlo, no; pero he oído hablar mucho de él. Era, y ahora veremos si sigue siéndolo, el dueño de esa droguería tan acreditá que es también herboristería, de la calle del Ave María. Hombre de mucho dinero y muy popular.

DORA — *(Como recordando.)* Lázaro Retama... ¿Era o ha sido condejal?

TACIANA — Oye, que creo que sí, que el año pasao era concejal, y tal como están las cosas pa los concejales, me paece que no le tié cuenta resucitar.

DORA — ¿Y dice usted, que tiene dinero?

TACIANA — Por lo menos eso dice la gente, y ya sabes que cuando el río suena...; además, que tanto la droguería como la herboristería son dos minas.

PAULA — El entierro debió costar un pico.

TACIANA — En lo que va de año no ha venido ninguno con tanto lujo.

DORA — Pues sabe usted que ahora que estoy más tranquila, creo que ese aparato no solamente es útil, sino que es un bien pa la humanidad.

TACIANA — Ya lo creo; dí tú, que como toas las cosas al principio cuesta mu caro y los pobres como no podemos pagarlas, ¡no tenemos más remedio que morirnos de verdad; pero si yo tuviera posibles, que me lo ponían no te quepa duda.

PAULA — Ya me parece que vuelven.

DORA — *(Con curiosidad y miedo.)* ¿Vendrá el droguero? *(Por la izquierda de la puerta del foro aparece Domingo.)*

DOMINGO — ¡Pronto, una silla y el vinagre!

DORA — ¿De modo que se ha salvado?

DOMINGO — Aquí lo traen éstos. *(Entran Simón y Castañuelas que traen en brazos a Lázaro, el cual viste chaquet negro descosido por la espalda, viéndose hacia la cintura, entre el chaleco y el pantalón, un rebullo de camisa; pero que no sea muy obscuro, para quitar el aspecto macabro al personaje. En vez de botas tiene puestos unos chanclos de goma; está algo despeinado y un poco pálido, pero no exagerado.)*

DOMINGO — Siéntale aquí. *(Le coloca en la silla frente al público.)*

TACIANA — *(Al verlo como le sientan en la silla.)* ¡Pobre hombre, está hecho un guiñapo.

DOMINGO — A ver si te crees que viene del Palas.

PAULA — *(Alargándole la botella del vinagre.)* Ahí tié usté el vinagre.

DOMINGO — *(Dándosela a Simón.)* Acércasela a las narices.

CASTAÑUELAS — ¿No sería mejor frotarle en las sienes?

DOMINGO — Las dos cosas.

CASTAÑUELAS — ¡Pues duro! *(Fugura que se echa un poco de vinagre en la mano y le frota en las sienes, mientras Simón le acerca la botella a las narices.)*

TACIANA — ¿Qué te parece si le diéramos también un par de cucharadas de Valdepeñas?

DOMINGO — Eso luego, cuando reviva del tó.

DORA — Y el aspcto es simpático.

CASTAÑUELAS — ¡Ya, ya abre un ojo!

SIMON — Y el otro también.

CASTAÑUELAS — ¡Y se le hinchan las narices!

DOMINGO — Suspender el vinagre. *(Castañuelas y Simón se apartan de modo que la figura de Lázaro la vea bien el público; éste abre un ojo, después otro, bosteza, se despereza y exclama.)*

LAZARO — De azil lo menos que lamos son treinta céntimos.

DOMINGO — *(A los demás.)* Anda, cree que está despachando.

LAZARO — *(Reponiéndose más y fijándose en las personas que lo rodean.)* Ustedes perdonen, creí que estaba en la tienda...

TACIANA — Siga, siga...

DOMINGO — Concluya de despachar.

LAZARO — ¿Me quieren ustedes hacer el favor de decirme dónde estoy?

DOMINGO — Pues en... *(Dudando.)* En la Sacramental de Nuestra Señora de la Buena Dicha y de Nuestro Señor del Buen Acuerdo.

LAZARO — ¿Y de quién más?

DOMINGO — No me acuerdo.

TACIANA — De los dos nada más.

LAZARO — *(Fijándose más y con cierta sonrisa.)* Bueno, bromas no y de este estilo menos.

CASTAÑUELAS ¡Sí, bromas, sí!

DOMINGO Le juro que esta es..., mejor dicho, esta es mi casa, la conserjería.

LAZARO ¿Pero estas mujeres...?

DOMINGO Mi mujer y mis dos hijas, y aquí unos amigos.

LAZARO Lo que no me explico es cómo he llegado yo...

TACIANA Pues ha llegado usted en carroza.

DOMINGO Y vaya una carroza, abierta.

LAZARO ¿Que en carroza abierta hasta aquí he llegado? Sigo sin explicármelo.

DORA Pues yo se lo explicaré. Usted ha venido aquí a dormir el sueño de los justos.

LAZARO *(Haciendo memoria.)* Esperen ustedes que haga memoria... Sí... sí... Yo he estado enfermo, muy enfermo...

TODOS ¿De qué?

LAZARO Del tifus. *(Todos dan un grito y se apartan.)*

LAZARO Pero no era tifus; eso diagnosticó el médico el primer día, pero el segundo diagnosticó otra cosa y el tercero otra... Sí; recuerdo que en cinco días tuve siete u ocho enfermedades. *(Como si recordase más.)* Eso es... veo mi alcoba. Veo mi lecho de dolor Luis XV... A la cabecera el doctor, a los piés el edredón. Mi mujer que sollozа. Mi suegra que quiere sollozar y no puede... y el médico que murmura: La ciencia tiene un límite... Esto estaba previsto... Animo... Después una sensación de malestar, un sueño profundo, luego un olor a pino...

DOMINGO *(A los demás.)* Y le han cobrao como caoba.

LAZARO ¿Entonces yo me he muerto?

TACIANA Pero que del tó.

DORA Y si no hubiese sido por el invento ese... *(Señalando el indicador.)*

LAZARO ¿El invento? *(Fijándose en l indicador.)* Ah, sí; ya recuerdo... Se habló mucho de

él en la Prensa...; se elogió la utilidad en los casos de catalepsia. De modo, ¿que yo he hecho sonar el timbre?

PAULA — De una manera desesperada.

LAZARO — ¿Luego yo soy un caso de catalepsia?

DOMINGO — Pero de lo más caso.

LAZARO — ¿Y si ustedes no me hacen caso, yo, la diño de verdad?

TACIANA — ¡Cómo no lo íbamos a hacer! Mal corazón se necesitaba tener.

LAZARO — ¿Y esla primera vez que se les ha presentado este caso..., vamos, que ha sonado el timbre?

DOMINGO — La primera.

PAULA — Y Dios quiera que sea la última, porque crea usted que no resulta nada agradable sentirlo.

LAZARO — Pues... no sé qué decirles a ustedes, ni cómo expresarles mi gratitud por haberme traído de nuevo al mundo, por más que yo ya no soy ahora un hombre de esta época.

DORA — ¿Por qué no?

LAZARO — Porque yo ahora debo ser de la época del renacimiento.

TACIANA — *(Riendo.)* Sí que tié ocurrencia este Don Lázaro.

CASTAÑUELAS — ¿Se ha levantao con ganas de chirigota, verdad?

LAZARO — *(A Domingo.)* Y diga usted, amigo conserje.

DOMINGO — Domingo, pa servir a usted.

LAZARO — Pues bien, amigo Domingo, porque supongo que usted lo habrá visto, por lo menos al llegar aquí, ¿qué tal ha sido mi entierro?

DOMINGO — Superior, no tiene usted derecho a quejarse. Aquí es cochero de una de las mejores agencias de Pompas. *(A Lázaro por Simón.)*

SIMON — ¡De primera, de primera!

LAZARO — ¡Ah, sí!

SIMON — *(Con naturalidad.)* Yo he tenido el gusto de traerle a usted.

LAZARO — ¿Le siguió a usted mucha gente?

SIMON — ¡Mucha! Sobre tó del Comercio.

TACIANA — ¡Ya pué usté estar orgulloso!

SIMON — Así se pué uno morir.

LAZARO — ¿Usted lo cree así?

DORA — Vamos, que le hubiese gustado a usted verlo.

LAZARO — Lo que más me hubiese gustado era oirlo. Yo he ido a muchos entierros y sé cómo se habla. Créanme ustedes, sentirlo, lo que se dice sentir, en casa mi mujer, esa si que lo habrá sentido la pobrecita, y eso que por culpa del clarinete teníamos cada disgusto...

DORA — ¿Del clarinete?

LAZARO — Sí, del clarinete que toco yo de una manera prodigiosa. Es una de mis pasiones, y en los ratos de ocio me agarro a la boquilla, le echo los dedos a las llaves y empiezan a brotar armonías que es un encanto. Les parecerá mentira que un droguero sea virtuoso del clarinete.

DORA — ¿Por qué?

TACIANA — Esono tié ná de particular; éste *(Por Domingo.)* ya ve usté el quehacer que tiene y es un solista de ocarina que asusta.

LAZARO — La música es algo divino y sin embargo, mi mujer cada vez que me veía coger el clarinete, ya estaba la bronca.

DORA — ¡Qué poco gusto!

LAZARO — ¿A usted le agrada la música?

DORA — ¡Me entusiasma! Sobre todo el sonido del clarinete. ¡Tan melodioso!... ¡Tan suave!

LAZARO — *(Entusiasmado.)* Muy suave... *(Fijándose en la mesa.)* Pero ahora que veo, ustedes iban a cenar por lo visto y yo les he interrumpido.

DOMINGO — Aunque cenemos mas tarde no importa.

PAULA — Como es Nochebuena.

LAZARO ¿Nochebuena? ¿De modo que yo vuelvo a la vida en Nochebuena?

DORA La noche del turrón y del besugo.

LAZARO ¿Es simbólico, verdad?

TACIANA Yo creo que lo que debía hacer aquí Don Lázaro era cenar con nosotros.

DORA Muy bien pensado... Anda, Paula, ponerle un cubierto.

LAZARO No, no, no; yo se lo agradezco a ustedes en el alma, pero me es imposible. ¡Cómo voy a faltar yo de casa en una noche ¡así... !

DOMINGO Pues tié usté un gran pretexto pa no ir.

DORA Yo creo que aunque no vaya no estarán con cuidado.

LAZARO Sin embargo, mi deber es acudir inmediatamente a secar las lágrimas de mi viuda; ya pueden ustedes suponer la alegría que tendrá al verme; casi tan grande como la rabia que tendrá mi suegra. Sí, sí, es mi deber... *(Va a levantarse y le flojean las piernas.)* ¡Diablos!

DOMINGO ¿Qué le ocurre a usted?

LAZARO Las piernas que se niegan...

TACIANA ¡Claro, hay que ver la debilidad que tendrá, ¡Cuatro días sin tomar ná!

DOMINGO Es que donde estaba no había restaurant.

DORA Darle una copita de champán; eso le dará fuerzas.

PAULA Sí, sí. *(Entre Paula y Castañuelas descorchan una botella y le alargan un vaso con champán a Lázaro.)*

LAZARO ¡Caramba! No sé como pagar a ustedes... ¡Ah, pero no seré ingrato, no!

DOMINGO Esto no vale la pena.

LAZARO Les aseguro que no olvidaré nunca estos momentos tan agradables que he pasado con ustedes.

PAULA *(Dándole el vaso con champán.)* Ahí vá.

DOMINGO No es el vaso más apropósito; pero es lo que yo digo, siendo champán aunque sea en botijo.

LAZARO *(Cogiéndole.)* ¿Es de la Viuda?

DORA — De la Viuda.

LAZARO — Me alegro, porque es el más a propósito para mi situación. ¿Pero por qué no beben ustedes conmigo?

DORA — Tiene razón; vamos a brindar por su vuelta al mundo.

CAST. Y SIMON — ¡A brindar!

DOMINGO — ¡A brindar! *(Llenan l os vasos y se preparan a beber.)*

LAZARO — *(Elevando el vaso.)* ¡Por mi resurrección!

DOMINGO — Por la resurrección de Lázaro! *(Todos beben.)*

LAZARO — *(Levantándose con algún esfuerzo.)* Y ahora, señores, permítanme ustedes que les deje...

TACIANA — ¿Pero va usté a lanzarse así a cuerpo por esos escampaos con el frío que hace?

SIMON — Y que con eso de ser Nochebuena no hay servicio de coches, ni de taxis.

LAZARO — Si que estoy expuesto a volver otra vez aquí; pero ya de verdad...

DOMINGO — Yo, de guardarropa estoy... ya pué usté suponer...

LAZARO — Sí, comprendido.

DOMINGO — Pero, calla; ahora recuerdo; Dionisio se dejó ahí ayer la pelliza y la boína, y aunque no le esté bien, por lo menos se cubre el cuerpo y la cabeza.

TACIANA — Sí que tiés rzón; Paula, sácate la pelliza y la boína. *(Paula hace mutis por la puerta de la derecha para salir enseguida con la pelliza y una boína.)*

LAZARO — Pero cuánta molestia les estoy proporcionando ¡hasta proporcionarme abrigo!

DOMINGO — Y además, le vamos a acompañar hasta su casa.

LAZARO — Eso no; el acompañamiento para venir aquí bueno, pero para irme...

CASTAÑUELAS — Ñada, nada; que lo acompañamos.

SIMON — Yo ya lo tenía decidido.

LAZARO — Eso está bien. Usted me trajo y usted me lleva.

PAULA (*Saliendo.*) Aquí está ésto.

TACIANA (*Poniéndoselo.*) A ver, meta usté un brazo; ahora el otro... ajajá. Esto le reserva a usté del frío.

PAULA (*Poniéndole la boína que será una de esas chiquititas que tienen un rabo de punta en el centro.*) Y ésto le abriga la cabeza.

LAZARO Repito que...; pero en fin, como se empeñan ustedes en acompañarme, al llegar a casa les devolveré estas prendas.

DOMINGO Pues pá luego es tarde

DORA (*A Paula.*) Dame mi abrigo, que yo también voy con ellos.

LAZARO ¿Usted?

DORA Sí, yo. Me ha sido usted tan simpático, que quiero ser del cortejo; digo, si a usted no le sabe mal.

LAZARO ¿A mí? Con usted al lado se me figurará que en vez de resucitar en el mundo, he resucitado en la gloria.

DORA No sea usted exagerado.

PAULA ¡El abrigo!

DOMINGO (*A Taciana.*) Ya comprenderás por lo que vamos; por que siendo un tío de guita, lo natural es que al llegar a su casa se sacuda con un par de billetes.

TACIANA Es lo menos que debe hacer.

DOMINGO (*Alto.*) En marcha.

CASTAÑUELAS En marcha.

PAULA No tarden ustés en volver, que nos quedamos solas y yo, la verdad, desde que ha sonao ese timbre, tengo un miedo...

DOMINGO ¡Qué tontería! A ver si te crees que va a sonar a cá momento.

LAZARO Afortunadamente para ustedes, Quizá no lo vuelvan a oir nunca más. Es muy raro que un muerto... (*En este momento, el despertador que hay colocado sobre el chinero suena parecido, como es lógico, al timbre, y todos dan un grito de tema, quedando en una actitud de pavor cómico.*)

DOMIN. Y CAST. ¡El timbre!

LAZA. Y SIMON ¡El timbre!

TACIANA *(Fijándose en el cuadro y luego en el despertador.)* Sí, el timbre; pero el timbre del despertador. *(Cogiéndolo.)* No te acuerdas que lo pusiste a las diez pá la hora del relevo del guarda?

PAULA Pues me ha dao un susto... Creí que llamaba otro muerto.

LAZARO Pues esta vez no ha sido un muerto: Ha sido Canseco... Vamos.

TODOS Vamos... *(Mutis por foro.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

Decoración: Comedor elegante en casa de Lázaro. Muebles apropiados. Primer término derecha (del público), puerta que conduce a las habitaciones interiores; a continuación, sobre el testo, un mueble de esos llamados *secreter*, y a continuación, formando ochava con el telón de foro, puerta de cristales que, al abrirse, dejará ver un balcón en forma de rotonda de esas modernas.

A la izquierda (del público), primer término, puerta, y en segundo, formando también ochava con el telón del foro, poco menos acentuada, puerta con foro de pasillo. En el testero del foro y en el centro, una mesita de las llamadas de té, y encima, colgada con cordones, una magnífica ampliación de Lázaro Retana. Esta ampliación será de busto, para que se distingan mejor las facciones desde el público. Mesa comedor, sillas, lámpara pendiente sobre la mesa, etc., etc.

La llave de la luz debe colocarse en el testero del foro, cerca de la puerta de la izquierda, o sea la de entrada al comedor. Son las once de la noche; sobre una mesa hay dos cubiertos preparados, y una cubeta con una botella de Champagne dentro.

(Al levantarse el telón, doña Gala, vestida de negro y en la cabeza velo, se pasea nerviosa por la escena.)

GALA *(Paseando.)* ¡Esta hija!... ¡Se ha propuesto darme la misa del Gallo y me la da... vaya si me la da... Lo que hace... y, sobre todo, lo que va a hacer no está bien... ¡Las formas hay que cubrirlas!... *(Por la puerta del foro izquierda entra*

Magdalena de luto riguroso; trae en la mano un paquetito, y dentro de él ocho o diez langostinos. Saca también bolso de mano.)

MAGDALENA — *(Entrando.)* Ya me tienes aquí... ¿He tardado, verdad? ¡Claro, como no se encuentra un coche ni un taxi, ni nada! ¿Pues y esto? *(Desenvolviendo el papel.)* ¡Diez langostinos doce pesetas! ¡Y gracias a que los he encontrado en «Los Burgaleses»... Y luego dicen que no hay dinero. *(Reparando en el ceño adusto de Gala.)* Bueno, pero me quierese decir qué te pasa, mamá?

GALA — Ya puedes comprenderlo. Me pasa que no encuentro bien la cena de esta noche, vaya.

MAGDALENA — Entonces, según tú, lo que yo debo hacer esta noche, es encerrarme en la alcoba y ponerme a llorar hasta que haga charco en el suelo; ¿no es eso?

GALA — No es eso.

MAGDALENA — ¿Te parece que el lunes, cuando ocurrió la desgracia, lloré poco? Pues acuérdate que me entró una congoja que me duró cerca de un minuto y otro minuto más que estuve llorando. ¡Lo que no hubiera llorado él por mí!

GALA — El te quería.

MAGDALENA — Sí, pero yo soy joven, mucho más joven que él, tengo cierto *chic*... los ojos no son feos, la boca bastante bonita, y él, encima de llevarme no sé cuántos años, no tenía nada de Adonis ni de simpático y, además, tocaba el clarinete de una manera desesperante.

GALA — Eso sí, nada más que por lo del clarinete no he sentido su desgracia todo lo que la debía sentir, o, por lo menos, lo que estaba obligada a fingir que lo sentía.

MAGDALENA — Entonces, ¿por qué condenas que yo cene esta noche?...

GALA — *(Sin dejarla acabar.)* Que tú cenes no lo

condeno, porque el estómago no tiene nada que ver con el luto, pero que cenes con el doctor César Lapuntilla...

MAGDALENA César es, además del médico de cabecera, un amigo nuestro, un íntimo.

GALA Demasiado íntimo. Tú crees que a mí se me escapa nada. Mientras vivió tu marido, yo me limité a oír, ver y callar porque era él quien debía oir, ver y poner el grito en el cielo; pero muerto es otra cosa; vuelvo a mis fueros de madre y te digo que no está bien que el mediquito entre y salga con tanta frecuencia y te haga el amor tan descaradamente; ¿me has entendido?

MAGDALENA En vida de Lázaro ya me lo hacía.

GALA Lo sé, pero ya te he dicho la razón por la cual yo no me metía en nada.

MAGDALENA Ah, ¿pero es que quieres que me condene a viudedad perpetua?

GALA ¿Pero le llamas perpetua a cuatro días? Considera lo que hablarán las gentes al darse cuenta.

MAGDALENA Que hablen lo que quieran, porque estamos decididos a marcharnos en seguida a Buenos Aires.

GALA ¿A Buenos Aires?

MAGDALENA A Buenos Aires. Allí abrirá él su consulta... nos casaremos... y seremos completamente felices.

GALA ¿Pero por qué le has invitado a cenar esta noche?

MAGDALENA Porque tenemos que fijar ciertos detalles del viaje y por que... *(Suplicante.)* bueno, mamá, no me preguntes más. *(Toca el timbre.)*

GALA *(Secamente.)* Esta bien.

(Por la puerta del foro aparece Casilda, criada joven.)

CASILDA ¿Ha llamado la señora?

MAGDALENA Sí; ¿cómo va la cena?...

El pollo está en el horno, y la verdura...

CASILDA *(Echando los langostinos en un plato.)*

(Volviéndose a mirar por el pasillo.) Pues la verdura...

MAGDALENA ¿Pero qué te pasa?

CASILDA Nada, señorita, que he dejao la puerta del pasillo entorná, porque va a subir Obdulio, el chico de la pescadería, a abrirme las ostras.

GALA ¿Pero está la pescadería abierta?

CASILDA No, señora, cerrá y bien cerrá, pero ellos están adentro con una de frascos de vino y dos langostas tan grandes que les salen los bigotes por debajo la puerta.

MAGDALENA ¡Exagera un poco, hija!

GALA ¿Pero tú no sabes abrir las ostras?

CASILDA Con martillo, sí, señora, pero se les espurrea el caldo.

GALA Pues que llame Obdulio cuando suba.

CASILDA Ya sabe la señora que el timbre está descompuesto desde el día del entierro... *(Afligiéndose mucho.)*

MAGDALENA Bueno; cállate, cállate. Toma, llévate estos langostinos, para servirlos luego.

CASILDA *(Cogiendo el plato con los langostinos.)* ¡Langostinos! ¡Lo que hubiera disfrutado el señor comiéndolos!... ¡Con lo que le gustaban!... *(Sollozando más fuerte.)*

MAGDALENA Casilda, tienes unos sentimientos magníficos, pero inoportunos.

CASILDA Es que como don Lázaro era tan bueno... ¡Y no molestaba nunca más que cuando tocaba el clarinete... Y dicen que me ha dejao en el testamento mil pesetas... *(Llora.)* ¡Pobre señorito! No puedo acostumbrarme a la idea de que no vive... Me paece que le veo por toas partes... *(Llorando más.)*

MAGDALENA ¡Bueno, no llores encima de los langostinos!

(Por la puerta del foro izquierda entra César Lapuntilla, joven, simpático, vestido a la última, etc.

CESAR *(Entrando.)* Buenas noches... Y ustedes

perdonen que entre así, sin llamar, pero he encontrado la puerta entornada.

CASILDA — La he dejao yo, porque estoy esperando...

MAGDALENA — *(Sin dejarla acabar.)* Sí, a Obdulio para que te abra las ostras... Anda, vete a preparar la cena.

CASILDA — *(Haciendo mutis por el foro izquierda.)* Está bien.

CESAR — Me he retrasado un poco, pero es que tengo tantos enfermos...

MAGDALENA — Yo creí que hoy no visitarías.

CESAR — Con nosotros no reza el descanso dominical ni hay días festivos. *(A Gala.)* ¿Viene usted de la calle?

GALA — No, señor, me voy.

CESAR — ¿Pero cómo? ¿No cena usted con su hija y?...

MAGDALENA — Mamá tiene costumbre de oir la misa del Gallo y va siempre con tiempo para coger un buen sitio.

GALA — *(Con intención.)* Y que la de este año la voy a rezar por el descanso del alma de tu marido.

CESAR — *(Aparte.)* ¡Ya empiezan las indirectas!

GALA — *(A Magdalena, a tiempo que hace mutis.)* Guardarme unas ostras y un pedazo de pollo. ¡Ah, ya sabes que al subir me acompaña el sereno hasta aquí mismo... Sí, porque como está tan reciente la desgracia, la verdad, tengo miedo; y cualquier sombra se me figura él... Ya puedes suponer por qué te lo advierto... *(Aparte ,al salir.)* (¡Qué bien hizo el muerto en morirse!) *(Quedan solos en escena Magdalena y César.)*

CESAR — Poca simpatía me tiene tu madre.

MAGDALENA — Era lo mismo con Lázaro. Como le vas a substituir, pues empieza ya a tratarte como yerno.

CESAR — Sólo que yo, afortunadamente, no la he de padecer.

MAGDALENA — ¿Insistes en lo del viaje?

CESAR — Ahora más que nunca; y si no, fíjate. *(Sacando del bolsillo interior de la americana un cheque.)*

MAGDALENA — ¿Un cheque?

CESAR — Un cheque del Banco Hispano Americano para la Central de Buenos Aires, por valor de trescientas mil pesetas: he realizado todo lo que tenía. De modo que tú, arregla cuanto antes tus asuntos y a América.

MAGDALENA — Ahora que hablas de mis asuntos... ¿Dónde he puesto yo mi bolsillo, señor? *(Viéndolo sobre una silla.)* ¡Ah, aquí!

CESAR — ¿Qué te ocurre?

MAGDALENA — Que tengo que encargar unas misas por el eterno descanso de Lázaro y, para que no se me olvide, voy a dejar estas doscientas pesetas aquí, en el cajoncito este, donde meto todas mis cosas. *(Saca dos billetes del bolsillo de mano y los mete en el cajoncito del centro del secreter que hay en la derecha; al volver a la mesa mira a la ampliación de Lázaro y dice:)* ¡Pobre Lázaro!

CESAR — Sabes que resulta molesto que pienses tan contínuamente en él ...Por lo menos, delante de mí debías...

MAGDALENA — De manera que de vivo no te molestaba, y ahora que no existe...

CESAR — Precisamente, ahora que no existe, tú procuras ponérmelo delante... En vida te resultaba pesado, catarroso, maniático. Se te hacía odioso cuando tocaba el clarinete, y ahora todo es piedad... recuerdo...

MAGDALENA — ¿Y eso te molesta? *(Cariñosa.)* Tonto, más que tonto.

CESAR — Y para remachar más su recuerdo, esa ampliación... *(Señalando al retrato del foro.)* que parece que nos mira y que se burla de nosotros con esa sonrisa estúpida y confiada.

MAGDALENA — Vuélvela si quieres.

CESAR — *(Con alegría.)* ¿De veras, no te disgusta

que en vez de mirarnos a nosotros mire a la pared.

MAGDALENA — Si con eso te tranquilizas...

CESAR — Me tranquilizo y nos quitamos un testigo de vista. *(Se acerca al foro y vuelve la ampliación.)*

MAGDALENA — Bueno; ¿se te ocurre algo más?

CESAR — Todavía se me ocurre otra cosa.

MAGDALENA — ¿Cuál será?

CESAR — Que exageras demasiado el luto.

MAGDALENA — ¡César, por Dios!

CESAR — No, no me has entendido. Nada más natural que vayas tal como vas, de luto riguroso para la calle, para los de fuera, pero para nosotros dos, en la intimidad, cuando nadie nos ve, cuando nadie puede criticarnos, debías de aliviar ese color negro todo lo más posible.

MAGDALENA — ¿Qué más te da?

CESAR — Eso creerás tú, pero viéndote tan enlutada, hasta las palabras cariñosas se me cortan en los labios, no se atreven a salir. Pienso en tí con un entusiasmo de locura y al verte no sé qué me pasa que se me apaga el entusiasmo... Esta noche, por ejemplo, vamos a cenar solos, pensando en nuestra próxima felicidad, en lo mucho que nos queremos... bueno, pues que necesidad hay...

MAGDALENA — *(Sin dejarle acabar.)* Calla, maniático, más que maniático; ?quieres que me ponga otro traje para cenar?, pues me lo pondré... mejor una bata, si te parece.

CESAR — Lo que quieras, con tal de que no sea negra.

MAGDALENA — Ven tú mismo a elegirla... pero oye, César, no vayas a elegir una que tengo encarnada, casi sangre de toro...

CESAR — ¿Sangre de toro? ¡No!

MAGDALENA — Tengo otra, azul pavo, que tampoco está bien.

CESAR — Pues para esta noche, el pavo, no creas que está mal.

MAGDALENA — Bueno, anda, vamos, la elegiremos entre los dos. *(Hacen mutis por la puerta primera de la izquierda. Por la del foro izquierda entran LAZARO, DORA, DOMINGO, CASTAÑUELAS y SIMON.)*

LAZARO — ¿Pero han visto ustedes qué descuido? ¿Dónde demonio estará la criada? Seguramente de palique con el novio... En fin, ya están ustedes en su casa.

DOMINGO — El que está en la suya es usted.

CASTAÑUELAS — Y que es una señora *casa*.

SIMON — De primera, de primera.

LAZARO — ¿Pues y las vistas que tiene? *(Abriendo el balcón.)* Fíjense.

DOMINGO — *(Asomándose.)* Esto es una bendición. Vamos, que teniendo una casa así no tiene usted perdón de Dios con haber intentado morirse.

LAZARO — Verdad que sí.

SIMON — Al entrar se ha notao cierto calorcillo.

CASTAÑUELAS — Como que tié colefacción centrífuga.

DOMINGO — Lo mismo que la de casa, que es braserífuga, y que de vez en cuando nos da un tufífero que nos atonta.

DORA — *(Fijándose en la mesa.)* ¡Hola! ¡Dos cubiertos!... Champagne... Por lo visto, se prepara una cena de Nochebuena.

LAZARO — Mi mujer y su madre, como si lo viera. Mi suegra no falta jamás a la misa del Gallo, y seguramente mi mujer la habrá acompañado... Ahora que eso de cenar... Yo creo que en cuanto me vean les quito el apetito.

DOMINGO — Por si acaso, mande usted por dos *vermouths*. Y si no se le ofrece na más... Como la familia está esperando.

LAZARO — Muy justo que tengan ustedes prisa por volver a casa... Ahí va la pelliza... *(Quitándosela.)* Y ahí va la boina. Y ahí va... *(Registrándose los bolsillos del chaquet.)*

¿Dónde he metido yo la cartera? ¿A que la he perdido?...

DOMINGO — Acuérdese que salió de viaje...

LAZARO — Ah, sí, para un viaje en que está todo pagado, tiene usted razón. El caso es que yo tengo el deber de indemnizarles por sus atenciones, por las molestias...

DOMINGO — *(A Simón y a Castañuelas.)* ¿No os lo dije? A que es capaz don Lázaro de darnos para pasar estas Pascuas. ¿Es telepatía o no es telepatía?

LAZARO — Sí; pero como no tengo nada encima, es malapatía... Pero aguarden ustedes; ahora que recuerdo, de ordinario el dinero para los gastos de la casa suele estar en este secreter... *(Se dirige al mueble y abre el cajón.)* ¡Admirable, aquí hay doscientas pesetas!

DOMINGO — ¡Doscientas pesetas!

LAZARO — *(A Domingo.)* Doscientas pesetas que yo les ruego que las acepten.

DORA — *(Aparte.)* Es rumboso este droguero.

DOMINGO — ¡Dos billetes! Es demasiado.

LAZARO — Si le parece demasiado, tome uno nada más.

DOMINGO — Eso ya es ponerse en razón, uno para mí y el otro pa estos dos; así no resulta tan gravoso el donativo, ¿verdad?

LAZARO — *(Dándole los billetes.)* Es usted un financiero que asusta.

CASTAÑUELAS — Pues salú y que pase usté buena noche.

DOMINGO — Y a ver cuándo le vemos a usté por allí.

LAZARO — Ya procuraré yo que sea lo más tarde posible.

SIMON — Se sobrentiende el sentido.

DOMINGO — Vamos. *(Se retiran hacia el fondo hablando en voz bajo los tres.)*

LAZARO — *(A Dora.)* Y en cuanto a usted esté segura de que nunca olvidaré que la primera sonrisa que ví al volver a la vida, fué la de usted.

DORA — *(Con intención.)* ¿Y no la volverá usted a ver más?

LAZARO — Según. ¿Es usted casada?

DORA — Lo era a falta de...

LAZARO — Comprendido: a falta de la Vicaría, las bendiciones...

DORA — Sí; esos pequeños detalles...

LAZARO — Pequeñísimos.

DORA — Pero mi marido me ha abandonado.

LAZARO — ¿Han terminado ustedes?

DORA — Para siempre.

LAZARO — Bueno; pero usted no vivirá en Nuestra Señora de la Buena Dicha...

DORA — Yo vivo en Diego de León, 120.

LAZARO — Pues como tengo el deber de devolverle esta visita... Espéreme usted.

DORA — ¿Se hará usted esperar mucho?

LAZARO — No acostumbro.

DORA — *(Dándole la mano.)* Amigo Lázaro.

LAZARO — Querida Cometa.

DOMINGO — *(Asomando por la puerta del foro.)* Pero Dora, ¿vienes o no?

DORA — Sí, sí, en seguida. *(Al hacer mutis.)* No olvide usted que me debe una visita.

LAZARO — Soy buen pagador. *(Hace mutis por el foro Dora, siguiendo a Domingo.)* Es simpática la primogénita del conserje... Y, además de simpática, le gusta oir tocar el clar-inete. *(Recordando.)* Diego de León, 120... No se me olvidará... ¡Caramba, me parece que tengo fiebre. Me molestaría caer malo. Por más que ahora, como acabo de nacer, tendré que volver a pasar el sarampión, la baba... ¡Tengo una sed! Y por lo que he comido no será... Beberé un poco de champán. *(Echa en una copa y bebe, dejando la mitad.)* Calla, ¿está vuelto mi retrato? *(Reparando en él.)* Ya me lo explico. La vista de mi efigie aumentaría el dolor de mi pobrecita mujer, y seguramente su madre, para evitárselo... *(Acercándose al retrato.)* Pero ya no hay necesidad de eso; así como yo he vuelto, vuelve tú también. *(Lo vuelve.)* ¡Ajajá!

Ya estamos los dos aquí. Y ahora esperemos que regrese la desconsolada esposa, que pronto volverá a consolarse. *(Va a la llave y apaga la luz, y después se dirige al balcón, por el cual entra un gran claro de luna.)* ¡Hermosa noche! ¡Ay de mí! ¿Dónde he oído yo esto? Donde sea; el caso es que hace una hermosa noche de Navidad. *(Por la puerta del foro izquierda entra Casilda, que queda en la puerta sorprendida.)*

CASILDA — ¿Han apagado la luz?

LAZARO — Yo supongo que mi mujer y mi suegra no tardarán en venir.

CASILDA — *(Avanzando unos pasos.)* ¡Eh! Quién hablará ahí.

LAZARO — *(Volviéndose y saliendo hasta el marco del balcón.)* Seguramente, en cuanto acabe la misa.

CASILDA — No sé que oigo de misas. *(En este momento repara en la silueta de Lázaro y da un grito de terror.)* ¡Ay, Virgen de los Aparecidos! Si es la sombra del señor... sí, su sombra, su sombra.

CASILDA — *(Avanzando.)* Casilda.

CASILDA — *(Huyendo, presa de terror, por el foro izquierda.)* Su sombra, su sombra...

LAZARO — *(Llegando hasta la puerta de la izquierda.)* Que no es mi sombra, que es mi mala sombra. Mi madre, qué susto lleva... Esa no para hasta su pueblo, y es de Cadalso de los Vidrios... Al principio me lo explico; pero al oir que la llamaba debió comprender que no era una sombra... pero vaya usted a pedirle masa gris a una friegaplatos... Bueno; voy a quitarme este chaquet y a ponerme un batín. *(Indignado.)* Y estos chancos; pero señor, ¿por qué me pondrían a mí estos chanclos... *(Entra en la primera de la derecha. A los pocos momentos vuelve a asomar Casilda por el foro izquierda, sacando la cabeza con*

precaución y miedo, alarga el brazo, enciende la luz y mira.)

CASILDA — ¡Nadie! ¡Claro, si no es posible!... Y, sin embargo, yo juraría que era su sombra, sí, su sombra, que estaba allí y que me hablaba... *(Un momento antes sale de puntillas por el foro izquierda Obdulio, chico de la pescadería, que trae en la mano un bigote de langosta lo más largo posible, y sin que ella lo vea le arrima la punta del bigote a la oreja.)*

OBDULIO — *(Al mismo tiempo que le acerc ael bigote de la langosta y ahuecando la voz.)* ¡Que te come!

CASILDA — *(Dando un grito.)* ¡Ay!

OBDULIO — *(Riendo.)* ¡Vaya miedo que tiés!

CASILDA — *(Reponiéndose.)* ¡Ah, eres tú; qué gracioso, vaya!

OBDULIO — Yo, que te he arrimao el bigote de la langosta a la oreja.

CASILDA — ¿Sí? Pues arrímate tú el bigote a las narices a ver qué efecto te hace.

OBDULIO — No creo que la cosa sea pa que te enfades tanto, mujer.

CASILDA — Si a tí te hubiese pasao lo que a mí, ya veríamos.

OBDULIO — ¿Qué te ha pasao?

CASILDA — *(Con terror y señalando al marco del balcón.)* Que hace un momento, allí, he visto al señor.

OBDULIO — ¿A qué señor?

CASILDA — A quién ha de ser; al señorito Lázaro.

OBDULIO — ¿A tu amo?

CASILDA — A mi amo.

OBDULIO — *(Con broma.)* Vamos, chica, sécate los ojos, que los tiés empañaos. ¡Miá que ver al pobre don Lázaro!

CASILDA — Pues si no era él, era su sombra, y ha entrao por el balcón, y me pareció oirle que necesitaba misas...

OBDULIO — Oye, ¿por qué no pones la cabeza debajo

del grifo de la fuente y le das a la llave... Eso te despejará mucho.

CASILDA ¿Ah, pero es que te crees que es una broma?

OBDULIO ¿Pero cómo voy a creer que un pobre hombre que lo han enterrado hace cuatro días?... Eso, antes, bueno; pero ahora, con el Directorio, no se levanta un muerto en ningún lao.

CASILDA *(Casi convencida.)* Habrá sío una ofuscación mía.

OBDULIO Cuando te digo que pongas la cabeza debajo del grifo... Bueno, ¿dónde están las ostras?

CASILDA En la cocina.

OBDULIO Pues anda, te las abriré en un momento. ¡Las que le tengo abiertas a tu amo! Siempre que pasaba por la pescadería me decía: «Obdulio, me vas a abrir unas ostritas...» *(En este momento sale por la derecha Lázaro, y al ver Obdulio le dice):*

LAZARO ¡Hombre, Obdulio, me vas a abrir unas ostritas! *(Al verlo, tanto Obdulio como Casilda, les entra un pánico terrible.)*

OBDULIO ¡El!

CASILDA Ay, Dios te salve... salve... salve...

OBDULIO *(Corriendo.)* Sálvese el que pueda. *(Huye por el foro izquierda, seguido de Casilda.)*

LAZARO *(Gritando desde la puerta del foro.)* Pero Obdulio... Casilda... Venid que os explique... Sí... Sí... Bueno; yo debo pensar algo para que no corran de mí, porque estoy viendo que si me presento a mi mujer y a mi suegra cuando estén cenando, les da un cólico miserere... ¿De qué medio me valdría yo para que no se asustasen o se asustasen lo menos posible? *(Pensando.)* ¡Ah, ya lo tengo! ¡El clarinete! ¡El clarinete me va a servir de trompeta del juicio final! El anunciará mi resurrección... *(Al ir hacia la derecha, exclama, enfadado):* ¡Pero estas luces, siempre encendi-

das! Cómo se derrocha desde que yo falto. *(Apaga la luz y vuelve a entrar por la derecha. Por la izquierda sale Magdalena con una bata color rosa, y detrás César.)*

MAGDALENA ¿Pero por qué habrá apagado la chica?

CESAR Esta Casilda parece que os va a heredar.

MAGDALENA *(Dándole a la llave de la luz.)* Ya tienes luz. Bueno; supongo que ahora no tendrás ningún caprichito más. Ya me he puesto una bata a tu gusto...

CESAR Y que estás encantadora.

MAGDALENA Los piropos después; ahora vamos a cenar. *(Llamando.)* Casilda. *(Acercándose a la puerta del foro izquierda y llamando más fuerte.)* Casilda. *(Volviendo.)* Anda, siéntate. *(Se sientan a la mesa uno enfrente del otro.)*

CESAR ¿Sabes que la Casilda es un poco pesada?

MAGDALENA Te digo de ella lo que tú de mamá. ¡Para lo que nos queda que estar aquí!

CASILDA *(Vuelve a asomar la cabeza con miedo por el foro izquierda.)* ¿Es la señora la que llamaba?

MAGDALENA Sí, yo; ¿qué haces?

CASILDA *(Entrando poco a poco y con miedo.)* Pues ya estaba en el portal cuando he oído la voz de la señora...

MAGDALENA Bueno; anda, sírvenos la cena.

CASILDA ¿Quién? ¿Yo? ¿Que le sirva la cena?... No es por ahí.

CASILDA ¿Cómo?

MAGDALENA ¿Eh?

CASILDA Lo que oye la señora, que yo no sirvo na.

CESAR ¿Pero qué te ha dado, hija?

CASILDA Ante tó, yo no soy hija de usté, y a usté yo no le hablo.

MAGDALENA ¿Pero Casilda?

CASILDA Porque pué ser que sea por culpa de usted por lo que venga la sombra.

MAGDALENA ¿Una sombra? ¿Qué es lo que dices?

CASILDA Sí, señorita, sí. La sombra del señor; pero la sombra que anda y que habla.

MAGDALENA *(Reprendiéndola.)* ¡Casilda!

CESAR *(Riendo.)* Déjala, que es graciosa.

CASILDA Sí, sí, ríase; pero si le hubiá usté visto como yo.

MAGDALENA ¿Que tú has visto al señor?

CASILDA Tal como se fué... con su chaquet, con sus chanclos, que le pusieron, porque no le entraban ningunas botas...

MAGDALENA ¿Pero oyes esto, César?

CASILDA ¿Pero cómo quieres que oiga sandeces?

CASILDA ¿Sandeces? Pues pregúnteselo a Obdulio, el chico de la pescadería, que también se reía de mí, y cuando lo vió escapó a correr, y ahí están las ostras sin abrir.

CESAR *(Con calma.)* Bueno, mujer, bueno, serénate... Eso que tú nos cuentas se llaman alucinaciones.

CASILDA Que no son esas cosas, que el Obdulio y yo lo hemos visto ahí. *(Señalando al balcón.)* Y a mí me ha pedido misas y al Obdulio le ha pedido ostras.

CESAR No seas ridícula; te repito que son alucinaciones.

MAGDALENA Si lo sabrá el señorito; anda, sírvenos la cena.

CASILDA Que le digo a la señorita que no la sirvo.

CESAR Pues te irás a la calle.

CASILDA Pues eso es lo que estoy deseando. Con que págueme la señorita el mes, y si se queda aquí, ya me lo dirá.

CESAR Sí, sí, págala y que se vaya.

MAGDALENA El caso es que no... sé si tendré... *(Levantándose.)* Espérate, del dinero que he dejado en el cajón para las misas... *(Se dirig eal secreter y tira del cajón, y al abrirlo lanza un grito.)*

MAGDALENA *(Gritando.)* ¡Ah!

CESAR ¿Qué te pasa?

MAGDALENA ¡No están las doscientas pesetas!

CESAR ¿Cómo?

MAGDALENA Que las han cogido.

CASILDA Yo creo que de mí, señorita...

MAGDALENA — No; tocante a ese punto, tengo en tí completa confianza.

CESAR — Puede que tu madre haya vuelto mientras tú te estabas cambiando de traje y...

MAGDALENA — Eso ha debido ser, porque, de otra manera, no me explico...

CASILDA — La sombra, señorita; la sombra que quería misas...

CESAR — *(Bromeando.)* Y se ha llevado doscientas beatas. *(Al avanzar de nuevo a su sitio, Magdalena se fija en la ampliación que está vuelta y lanza otro grito.)*

MAGDALENA — *(Gritando y ya asustada.)* ¡Ah! ¡El retrato! *(A Casilda.)* ¿Has vuelto tú el retrato?

CASILDA — Yo le juro a la señorita que no lo he tocao.

CESAR — *(Levantándose ya nervioso.)* Sí que es singular todo esto.

CASILDA — *(Temblando.)* Señorita, yo... dispense la señorita, pero no puedo estar un momento más aquí; me está subiendo por las piernas un hormiguillo y hip... hip...

CESAR — *(Desesperado.)* ¿Y qué?

CASILDA — Hipo, que me ha entrao el hormiguillo y el hipo.

CESAR — Pues vete y vuelve mañana.

CASILDA — *(Hablando ya con hipo.)* Sí, sí... Mañana de di... de di...a volveré. Esta noche me voy a dormir con mi pi... con mi pi... con mi prima. *(Hace mutis nerviosa e hipando por el foro izquierda.)*

MAGDALENA — *(Inquieta y queirendo disimular el miedo.)* César... ¿no te parece que debíamos dar un papa... paseo para hacer ganas de coco... de comer?

CESAR — ¿Tú también? Por lo visto, la histérica esa nos va a amargar la noche.

MAGDALENA — Es que si es cierto lo del chico del pepe... del pescadero... *(Decidiéndose.)* La verdad, César, me da vergüenza confesártelo, pero tengo mucho miedo.

CESAR — ¡Pero Magdalena! En esa que se acaba de ir, pase. Pero tú, una mujer educada, de

cultura, creer en duendes y en aparecidos...

MAGDALENA — Es que el detalle del dinero; luego el del retrato...

CESAR — Sí; al pronto se le figuran a uno cosas del otro mundo; pero luego, sereno, sin nervios, se encuentran las causas, y, por lo general, siempre son sencillísimas, corrientes... Vamos, ven acá. *(Atrayéndola hacia él.)* No seas histérica tú también... Todavía, si estuvieses sola, lo comprendo; pero me tienes a mí a tu lado...

MAGDALENA — Sí, sí; eso me tranquiliza algo.

CESAR — ¿Algo nada más? Pues busca la completa tranquilidad bebiéndote una copa de champagne, verás cómo el champagne te disipará esos temores.

MAGDALENA — Puede que sí, que el champán... *(Coge la copa donde bebió Lázaro y vuelve a dar otro grito.)*

CESAR — ¿Pero Magdalena?

MAGDALENA — ¡Han bebido en esa copa!

CESAR — Habrá sido tu madre.

MAGDALENA — Mamá no bebe más que agua.

CESAR — La criada.

MAGDALENA — No le gusta.

CESAR — *(Yá desesperado.)* Está visto que no hay idilio esta noche. Yo, que no traía otra ilusión que la de cenar contigo, a tu lado, porque tú no puedes darte idea de lo que es capaz un hombre por una mujer... Por una mujer... *(En este momento se oye en la habitación de la derecha un clerinete que toca la frase de «Benamor». Por una mujer, etc., etc. Al oirla quedan los dos atemorizados.)*

MAGDALENA — ¿Oyes?

CESAR — *(Ya también un poco azorado.)* Algún vecino o algún ciego que toca el clarinete.

MAGDALENA — No, César, no; es el suyo; lo conozco bien, y si no fíjate, al llegar a esta nota siempre daba un gallo... *(Efectivamente, al llegar*

a la nota que indica, y «sin vacilar»..., se oye al clarinete dar un fallo y cesa de tocar.)

MAGDALENA ¿Lo ves?

CESAR Lo que veo es que la chica te ha contagiado y tú me estás contagiando a mí, y que lo mejor es que nos vayamos a cenar a cualquier *restaurant.*

MAGDALENA Sí, sí, es lo mejor; vámonos, César, vámonos, porque me está entrando un hormiguillo y un hip... hip...

CESAR ¡¡Lo mismo que la criada!!

MAGDALENA Anda, acompáñame a coger un abrigo... un abrigo. Yo no me atrevo a ir sola.

CESAR Vamos; y por Dios, no seas ip... ip... impresionable. Esto es una epidemia. *(Entran los dos por la primera izquierda; por la primera derecha sale Lázaro con su clarinete en la mano.)*

TACIANA He perdido algo de embocadura; pero ahora, en dos días, volveré a entrenarme. ¡Y dale con la luz! Esta Casilda es insoportable; se conoce que tiene miedo... ¡Y no es para menos! *(Se dirige a la llave y vuelve a apagar.)* Ya debe haber acabado la misa; voy a ver si veo venir a mi mujer y a mi suegra. Hombre, allí veo a Francisco el sereno. ¡Lo que me quiere ese hombre! Estoy por darle una voz; el caso es que si le doy una voz le voy a dejar sin habla del susto... *(Se dirige al balcón, que vuelve a abrir, y entra en la parte de rotonda. Por la primera derecha sale Magdalena cubierta con una capa de piel sobre la bata color rosa; le sigue César.)*

MAGDALENA *(Al salir.)* ¿Pero otra vez a obscuras?

CESAR Esto es alguien que se ha propuesto darnos la noche.

MAGDALENA Por eso lo mejor es irnos.

CESAR Sí, sí, vamos. *(Van a adelantar en dirección a la puerta del foro en el preciso momento en que Lázaro se vuelve hacia escena y*

avanza desde la rotonda a la puerta del balcón.)

TACIANA ¡Mi madre y qué frío hace!

MAGDALENA *(Repara en él y da un grito de terror.)* ¡Ah!

CESAR ¿Qué pasa?

MAGDALENA *(Señalando con terror a Lázaro.)* ¡Mira... es él... su sombra!

CESAR *(Restregándose los ojos.)* ¡Estaré soñando!

LAZARO *(Apercibiendo el bulto de Magdalena.)* ¿Me parece?... Magdalena...

MAGDALENA *(Casi sin fuerzas.)* ¡Ay, que me llama!

CESAR *(Tapándose con Magdalena.)* ¡Ay, que la llama!

LAZARO ¿Eres tú?

MAGDALENA Sí, yo, tu viuda.

LAZARO ¡Mis narices!... ¿Pues no ves que vengo?...

MAGDALENA *(Sin dejarle acabar.)* Sí... sí... ya me lo supongo de dónde vienes. *(Cayendo de rodillas.)* Perdón, perdón, sombra de mi marido... Me casó mi madre. ¡Me caso mi madre... contigo por conveniencia... tú lo sabes... Vete, vete.

LAZARO ¿Que yo me vaya?

MAGDALENA Sí.

LAZARO ¿Adónde?

MAGDALENA A unirte a tu cuerpo.

LAZARO Pero si no soy del Somatén.

MAGDALENA ¡Sombra, por Dios!

LAZARO ¡Ea, basta de sombra! *(Se dirige a la llave y da luz.)*

CESAR *(Al verlo bien.)* ¡Lázaro! ¿Es Lázaro?

LAZARO ¡Lapuntilla!... ¿De modo que?... Ahora comprendo por qué querías que me fuera.

CESAR ¿Pero qué pesadilla es esta?

LAZARO Esto es que tú sabes tanto de medicina como yo de domar focas; que me diste por muerto y sólo estaba cataléptico, y que gracias al invento del sabio portugués Ponte da Punta, no me he quedado allí para siempre.

CESAR *(Indignado.)* Pero es que cuando se vuel-

ve de un sitio así, se manda antes un continental.

LAZARO — Eso, para que no me enterase de nada y siguiese en esta segunda vida tan primo como en la primera.

MAGDALENA — *(Con dignidad.)* Primo, en la primera, no; todo lo más, un parentesco muy lejano, porque yo te he respetado y te he llorado, y cuando te fuiste de aquí te he sentido.

LAZARO — *(Blandiendo el clarinete.)* Y ahora que he vuelto lo vas a sentir más.

MAGDALENA — ¡Lázaro!

LAZARO — Sí, mucho Lázaro, y a los cuatro días de sepeliarme te atavías con una bata color rosa y te disponer a cenar mano a mano con mi matador.

CESAR — Es una ofensa que yo no puedo consentir. Como médico, no tengo nada de qué reprocharme; hasta última hora le estuve poniendo inyecciones.

LAZARO — Lo sé; antes de matarme me diste cuatro pinchazos.

CESAR — Pues si no le bastan las explicaciones, ahí tiene usted mi tarjeta.

LAZARO — ¿Un desafío? Eso es lo que quisieras tú para volverme a pinchar otra vez. ¡Que no, hombre, que no! Aquí que te cojo, aquí que te atizo.

CESAR — ¿Será usted capaz?...

LAZARO — ¿De incrustarte el clarinete en la cabeza? Ahora mismo.

MAGDALENA — *(Sujetando a Lázaro.)* No, por Dios, Lázaro.

LAZARO — *(Tratando de desasirse de ella.)* Quita.

MAGDALENA — No, Lázaro, no.

LAZARO — Suéltame te digo. *(En este momento, cuando César está indeciso, sin saber qué partido tomar cerca de la puerta de la derecha, y en la parte izquierda, cerca del balcón, está Magdalena sujetando a Lázaro, que trata de desasirse de ella para pegarle a César, entra por el foro izquierda Doña Gala,*

seguida de Francisco, el sereno, que sale con el farol, el chuzo y la gorra quitada.)

FRANCISCO ¡Ea! Ya aquí no tendrá usted miedo.

GALA No; donde lo veo es en la escalera; aquí, no.

FRANCISCO Sí, verlu; para verlu estará el pobre. *(Al verlos entrar Lázaro como pidiéndoles ayuda para que Magdalena lo suelte, en grito.)*

CASILDA ¡Doña Gala! ¡Francisco! *(Al oirse llamar y fijarse en Lázaro, los dos dan un grito de terror. Francisco suelta el chuzo, el farol y la gorra y escapa como alma que lleva el diablo por el foro izquierda. Gala cae de rodillas, y juntando las manos, exclama):*

GALA *(Cayendo de rodillas.)* Perdón, perdón, que yo no he debido consentirlo; yo no he debido hacer la vista gorda. *(Dándose golpes de pecho.)* ¡Mea culpa! ¡Mea culpa!

MAGDALENA ¡Mamá!

GALA ¡Mea, mea!

LAZARO *(A Magdalena.)* No te preocupes, que es del susto.

TELON

ACTO TERCERO

Decoración: Un gabinete lo más coquetón posible. Primer término izquierda del público, puerta de la alcoba; en segundo término derecha, puerta de servicio interior de la casa. Al foro, puerta de entrada. En proscenio, a la izquierda, una *chaisse-longue,* y junto a ella un veladorcito o mesilla de laca, con una cigarrera, en la que hay cigarrillos egipcios de boquilla dorada. Una butaca, varias sillas, y a los lados de la puerta del foro, dos mueblecitos elegantes, vitrinas, jugueteros y todo lo que pueda dar idea de una coquetona habitación de mujer joven y alegre. Es de día.

(Al levantarse el telón, DORA, vestida con un kimono y con pantuflas, está sentada en la chaise-longue; al otro lado de la mesita del centro aparece, también sentado, DOMINGO y a su lado, también sentada PAULA.)

DORA — ¿De modo que dices que no ha encontrado nada?

DOMINGO — Te diré; desde que la mandaste el recao a tu madre que te habías quedao sin criá y que te buscase una, pues que apenas la veíamos el pelo en casa. *(A Paula.)* ¿Verdad?

PAULA — To el tiempo se lo pasaba en las carnecerías, en las carbonerías, en las lecherías...

DOMINGO — Tanto, que tuve que cuadrarme y decirle, aquí se han acabado las carbonerías y las carnecerías y las... visitas a esos otros es-

tablecimientos lácteos; pero esta mañana le avisaron de una y mientras ella la examinaba nos hemos adelantao porque delante de tu madre no se puede hablar de lo que te vamos a hablar. *(Levantando la tapa de los cigarros y sacando un egipcio.)* Con tu permiso voy a fumarme un *Tutancamen* de éstos.

DORA — ¿Pero te gustan los egipcios?

DOMINGO — ¡Phs! A falta de otros... ahora que a mí me despiertan una voluptuosidad que, al segundo cigarrillo, me paece tu madre una segunda tiple del Reina Victoria.

DORA — Bueno, ¿y qué es lo que queréis decirme?

DOMINGO — Pues que aquí, tu hermana, está emperrá en ser artista; dice, y en eso la doy la razón, que hoy la mujer no tié más porvenir que la mecanografía o la monocupletanguería; pa la mecanografía no tié grandes condiciones, porque aunque conoce el alfabeto, lo conoce más de oídas que de trato, y se pone a escribir y hace unas haches y unas efes..., y, sobre tó, hace unas jotas, que no se acaban nunca; pa mí que las hace con estribillo.

PAULA — No diga usted eso, padre.

DOMINGO — La verdad hay que decirla aunque *escuesca;* en cambio, pa la monocupletanguería tié unas condiciones que asusta, porque de gracejo está bien; de picardía, ídem de ídem, y de voz, no digamos que es un canario más sonoro, pero otras dan muchos más gallos que ella.

PAULA — Porque la tengo sin educar.

DOMINGO — Ya se sabe que la educación en este mundo es lo primero, y que sin educación no se va a ninguna parte, y eso es lo que queríamos de tí, que sin que tu madre se lo huela, con el pretexto de que viene a verte, pues le proporciones un maestro que le *importe* la voz y que le importe lo menos posible ca lección, porque ya conoces nues-

tros posibles, y a ver si Dios quiere que nos salga una Raquel Meller o una Edmonda de Bries.

DORA — Aunque fuera un poco menos, ya te conformarías, ¿verdad?

DOMINGO — No te creas, que la chica vale, te lo digo yo, que la oigo toas las mañanas; el caso es que tenga suerte en los cuplés que la den, porque como la den «un relilario» o la dan unos «besos fríos»... ¿tú no le has oído a ésta decir eso de «*Quita, no me beses...*»?

DORA — No.

DOMINGO — Pues se lo oyes y no paeces más por casa pa no besarla... Le dá una expresión a las frases y hace una subida de hombros, como diciendo: «Anda y que te pelen, que escalofría».

DORA — Pues si tú estás gustosa.

PAULA — To, to menos pudrirme allí en casa; estoy más harta de fregar platos y de lavar trapajos... Y que si no hago eso, ¿qué voy a hacer?

DORA — ¿No tienes novio?

DOMINGO — Ahí anda bailándole el agua Niceto, el peón de albañil; pero qué sacamos con que le baile el peón... Miseria y compañía. Que se case, que se llene de hijos y que no les llegue el jornal ni pa mal comer... Ahora que to esto se lo dices a tu madre y te contesta que antes de verla cantando o bailando prefiere el peón.

DORA — ¡Chist, cállate, que me parece que ya está ahí. *(Por la puerta del foro entra Taciana.)*

TACIANA — ¿Me he hecho esperar mucho?

DOMINGO — Pues mira, la verdad, *éstas* de palique, y yo extasiándome con estos de boquilla dorá, no nos hemos dao cuenta.

TACIANA — ¡Ah, pero estás fumando egipcios!

DOMINGO — De los voluptuosos; ya sabes que tiés en puerta tres o cuatro carantoñas.

TACIANA — Pa carantoñas estamos; bueno, a lo tuyo; no te pues dar idea de lo que me ha costao encontrarte una chica.

DORA — ¿Tan escasas están?

TACIANA — ¿Escasas? A patás las tienes; pero acércate a tratar con ellas; la una, que ocho duros al mes, salida tos los domingos y que no se ponga cocido más que una vez a la semana; la otra, que no haya niños, que no haya perros, que no haya gatos, y que, caso de despedirla, se le avise con tres meses de anticipación.

DORA — *(En chufla.)* Y un seguro de vida.

TACIANA — Pues no te creas... ¿Qué me dirás que me exigía la Urbana?

DOMINGO — ¡Qué yé yo!

TACIANA — Diez machacantes y que la dejasen salir toas las tardese a las cinco a tomar el té con el novio a casa de Molinero.

PAULA — *(En broma.)* Y por la noche al *Palé de glás.*

DORA — Bueno; pero por fin me ha encontrado usted una.

TACIANA — Sí, y al parecer buena chica, sin parientes y además el novio fuera, seis duros, no ha querido un céntimo menos.

DORA — ¿Y salidas?

TACIANA — Salidas, cuando venga el novio; en la puerta la he dejao hablando con una de su pueblo... ya me parece que... sí, ella debe ser. *(Por la puerta del foro entra Casilda con un lío de ropa en la mano.,*

CASILDA — ¿Dan ustedes su permiso?...

TACIANA — Sí, pasa, pasa.

CASILDA — *(Avanzando.)* Con permiso de los señores.

TACIANA — Aquí es la señora de que te he hablao.

CASILDA — Mucho gusto en conocerla y en servirla.

DORA — Estoy conforme con tus condiciones, y si te portas bien, no lo perderás.

CASILDA — Mi deseo es servir a la señora lo mejor posible, y si la señora quiere tomar informes... En la última casa he servido cua-

tro años; si no hubiese sido porque el señorito...

DOMINGO Nos lo suponemos... Sería un vivo...

CASILDA No, señor; un muerto.

DORA Bueno, bueno; eso no nos importa; lo que quiero de tí es discreción y que seas ciega, muda y sorda, me entiendes?

CASILDA Ya comprendo lo que quiere decirme la señorita.

DORA Pues anda, conforme entras por esa puerta, a la izquierda, está tu habitación, y al lado la cocina; allí encontrarás café, leche y todo lo necesario; prepara dos desayunos... Después ya te diré lo que tienes que hacer.

CASILDA ¿No quiere nada más la señora?

DORA Nada más.

CASILDA *(Haciendo mutis por la derecha del público.)* Con permiso.

DOMINGO Está muy educadita.

TACIANA ¡Una mosca blanca! Ya pues decir que has tenío suerte.

DOMINGO *(Levantándose.)* Bueno, ya que te has aprovisionao de fámula, te dejamos, y respective a lo que me has suplicao de que venga la Paula toas las tardes a hacerte un rato de compañía, si te parece, desde mañana...

TACIANA ¿Ah, pero es que la Paula?

PAULA Sí, madre; me voy a hacer un jersey de punto de lana, y ella me lo va a dirigir.

DORA Como ahora estoy sola.

TACIANA ¿De manera que el médico....

DORA No he vuelto a saber de él.

TACIANA ¡Ay que ver.

DOMINGO ¡Ay que ver! *(En la habitación de la lateral izquierda se oye el clarinete tocar el «Hay que ver, hay que ver», de la «Montería», y al mismo tiempo sale Lázaro en pijama, continuando la música, que, como es lógico, sonará dentro hasta el momento de ver a todos, que parará.)*

PAULA (*Al verlo.*) ¡Don Lázaro!

TACIANA ¡El droguero!

DOMINGO ¡El catalético!

LAZARO ¿Qué? Por lo visto, les ha contado su hija lo ocurrido, y vienen a hacerme una visita.

TACIANA (*En digno.*) No sabemos nada.

LAZARO (*A Dora.*) ¿Pero no les ha dicho usted?

DORA No he tenido tiempo.

TACIANA Y nos extraña verle a usted aquí en ese traje y con ese chisme en la mano.

LAZARO Pues es muy sencillo: ¿usted se acuerda (A Domingo.) cuando me dejó anteanoche en casa, los dos cubiertos que había preparados?

DOMINGO Pa su señora y pa su suegra.

LAZARO Eso creía yo; pero no era para ellas; es decir, para mi desconsola esposa era uno, y otro para un amigo mío.

TACIANA ¿Es posible? ¿A los cuatro días iban a cenar?

LAZARO Y para mí que ya habían almorzado. ¡Claro, como no me esperaban!... ¡La sorpresa fué enorme! Ella me tomaba por una sombra; él me tomaba por un primo... ¡Ah, pero yo me mantuve digno, y después de abofetear al mal amigo y de decirle a mi viuda que para ella había muerto y de darle a mi suegra un susto que la tuvieron que poner cinco sinapismos, salí de aquella casa con la sonrisa en los labios y el clarinete en la mano.

DOMINGO ¡Qué tragedia!

LAZARO Pensé irme al Palas, pero sin documentos, sin dinero... sin equipaje, y con esto en la mano, me iban a tomar por uno del Jazban...; me acordé del ofrecimiento de su hija y vine aquí en súplica de que me alquilase un gabinete... Dora me recibió con la hospitalidad que es tradicional en ustedes, y desde ayer tengo ese gabinete alquilado.

TACIANA *(A Dora, con intención.)* ¿Con o sin?

DORA Sin, no sea usted maliciosa, madre.

PAULA Sí que ha tenido usted un despertar...

LAZARO Guiñolesco, amiga Paulita; ah, pero yo pondré las cosas en su punto.

TACIANA Bueno; pues si no te se ocurre otra cosa. te dejamos.

DOMINGO Sí, que ya estoy haciendo falta en casa.

PAULA Y no te olvides que mañana estoy aquí.

DORA *(Con intención.)* Y yo te tendré preparada la lana.

DOMINGO *(Saludando a Lázaro.)* Señor don Lázaro, ya sabe usted que le tengo un afecto... hasta donde le diría yo a usted.

LAZARO Sí, hasta la tumba; lo sé.

TACIANA Ya vendremos por aquí a saber en lo que para eso de su viuda.

DORA Adiós, adiós. *(Los tres hacen mutis por el foro, quedan solos en escena Dora y Lázaro.)*

LAZARO Mi querida patrona.

DORA Como me vuelva usted a llamar eso, le despido.

LAZARO Pues bien; mi simpática arrendadora, ¿me quiere usted decir de quién es la maleta que hay en ese gabinete que ocupo?

DORA Ya puede usted suponérselo.

LAZARO ¿De su marido, salvo aquellos pequeños detalles?...

DORA Justo.

LAZARO Lo pregunto, porque yo me he tomado la libertad de ponerme este pijama y de cambiarme de ropa interior...

DORA ¡Bah! No se preocupe. Lo importante es que arregle usted pronto sus asuntos. *(Con coquetería.)* ¿Y si es verdad ese ofrecimiento que me ha hecho?

TACIANA ¿Cuál?

DORA El del viaje.

LAZARO ¡Ah, sí!, llevarla a correr el mundo.

DORA ¡Y que tengo unos deseos! Debe ser en-

cantador ir viendo tierras para una desconocidas. ¡Buenos Aires!

LAZARO ¡La ciudad del Plata!

DORA ¡California!

LAZARO ¡La del oro!

DORA ¡Constantinopla!

LAZARO ¡La del oro y el moro!

DORA *(Con coquetería.)* ¿Qué? ¿Me lo cumplirá usted?

LAZARO *(Acaramelado.)* Lo cumpliré; precisamente el espectáculo que sorprendí la otra noche me autoriza a esto y a más. Si yo hubiese encontrado a mi mujer desconsolada, pensando en el esposo que había perdido, haciendo todo lo que debe hacer una viuda, yo seguiría siendo el Lázaro de siempre; pero después de la bata color rosa y los dos cubiertos... yo no estoy obligado a nada; es decir, estoy obligado a divertirme, a hacerme la vida agradable...

DORA Y que yo le juro que conmigo la pasará usted muy agradable.

LAZARO *(Intentando abrazarla.)* ¿De veras?

DORA *(Reteniéndole.)* No; aquí ya sabe usted que no. Cuando partamos... En el mar...

LAZARO ¿En el mar? ¡La mar!

DORA Es usted pero que muy simpático.

LAZARO *(Entusiasmándose.)* Y usted puede dar participaciones de guapa, porque como guapa...

DORA *(Cortando la conversación.)* ¿Por qué no va usted a concluir de arreglarse mientras le preparan el desayuno?

LAZARO Tiene usted razón; pero conste que usted va a hacer de mí lo que le dé la gana.

DORA Ay, si fuese verdad.

LAZARO *(Haciendo mutis por la puerta de la izquierda del público.)* Tan verdad, como esto es un clarinete.

DORA *(Al quedarse sola, se acerca a la puerta de la derecha y llama.)* ¡Chica, chicaá

CASILDA *(Saliendo.)* Manda la señora.

DORA ¿Cómo te llamas?

CASILDA Casilda.

DORA ¿Tienes preparado el café con leche?

CASILDA Cuando la señora quiera... *(En este momento se oye el timbre de la puerta del piso.)*

DORA ¿Quién será? *(A Casilda.)* Ve a ver quién es ;pero no dejes pasar a nadie sin que sepa yo antes de quién se trata.

CASILDA Está bien. *(Hace mutis por el foro para volver en seguida.)*

DORA ¿A estas horas? Como no sea alguna criada que venga a pretender... porque el otro, el otro, voló para siempre...

CASILDA *(Entrando algo asustada.)* ¡Señorita!

DORA Qué, ¿quién es?

CASILDA Pues es... la ley.

DORA ¿La ley?

CASILDA Eso me paece que me ha dicho, que le abra en nombre de la ley.

DORA ¿Entonces, es la Justicia?

CASILDA No, señora; la ley.

DORA Seguramente será una equivocación, porque yo no tengo ninguna cuenta pendiente con la ley.

CASILDA ¿Abro o no abro?

DORA Sí, abre, y así saldremos de dudas.

CASILDA *(Hace mutis por el foro. Dora figura que se arregla el pelo, se ajusta un poco el kimono, etc., etc. Por el foro entra Casilda, acompañada del Comisario, seguido de dos agentes de paisano. Detrás, Magdalena y Gala.)*

CASILDA Ahí está la señora. *(Hace mutis por la derecha.)*

COMISARIO *(A los agentes.)* Colóquense ustedes en la puerta y no dejen salir a nadie; si les necesito ya les llamaré. *(Los agentes hacen mutis.)*

DORA ¿Pero qué ocurre en mi casa para que el señor Juez...

COMISARIO Yo, señorita, soy el Comisario de servicios

especiales; pero vengo de orden del juez en cumplimiento de una diligencia poco agradable.

DORA — ¿Y esas señoras?...

COMISARIO — Las demandantes.

MAGDALENA — Las víctimas.

DORA — ¿Pero de qué se trata?

GALA — Se trata de sorprender a mi yerno en flagrante delito de adulterio.

DORA — Bueno; ustedes me dirán qué es eso del flagrante, porque yo...

COMISARIO — Basta; el señor don Lázaro Retama y Cantuoso, ¿se encuentra aquí?

DORA — *(Titubeando.)* Aquí... *(Aparte.)* ¿Si me pasará a mí algo por tenerlo?...

MAGDALENA — Está aquí, no le quepa a usted duda, señor Comisario.

GALA — Y a saber cómo estará.

MAGDALENA — Estará tan contento porque pisa mi dignidad, porque pisa mi honra... *(En este momento se oye por la derecha el clarinete, que toca «Pisa morena, pisa con gracia», etc., etc.).*

GALA Y MAGDA. — *(Dando un grito.)* ¡Ah!

COMISARIO — ¿Qué les pasa a ustedes?

MAGDALENA — Que ese que toca es él, ¡mi marido!

GALA — ¡Mi yerno!

LAZARO — *(Saliendo.)* Pero viene ese desayu... ¡Mi mujer!

MAGDALENA — *(Al Comisario.)* ¿Se convence usted ahora de que nuestra denuncia era exacta? *(Por el foro entra César, que desde la puerta, y como si hablase con alguien, dice):*

CESAR — Es un momento. Vengo por una maleta mía. *(Entrando.)* Querida Dora..

MAGDALENA — *(Al verlo.)* ¡César!

CESAR — ¡Ella!

DORA — ¡Mi ex marido!

GALA — ¡El!

TAGIANA — ¡El completo!

MAGDALENA — *(Sale.)* ¡Ay, mamá, que César también me engañaba, el infame!

COMISARIO — Ustedes perdonen; ¿pero quién es este señor?

LAZARO — Ese señor es el... pretendiente de mi señora.

COMISARIO — ¿Eh?

DORA — *(Señalando a César.)* Ese señor es mi marido.

COMISARIO — ¿Su marido?

TACIANA — Salvo unos pequeños detalles.

COMISARIO — ¡Acabemos! Señora de Petama, ¿de quién se querella usted?

MAGDALENA — *(Indignada y mirando a César.)* Yo... de... l averdad, no sé si querellarme de mi marido de ayer, o del que quería ser mi marido del mañana.

COMISARIO — *(Amoscado.)* Háganme ustedes el favor de hablarme en serio, porque no estoy para perder el tiempo. *(Por Lázaro.)* El señor, ¿quién es?

MAGDALENA — El señor era mi marido.

COMISARIO — ¿Entonces, usted qüién es?

LAZARO — Mi viuda.

COMISARIO — *(Indignado.)* Que no me hagan jeroglíficos, que van a la Comisaría.

MAGDALENA — Le decimos la verdad.

COMISARIO — Entonces yo debo estar loco, porque no les entiendo.

LAZARO — Todavía no, pero lo estará usted.

COMISARIO — A ver, siéntense ustedes y vamos a proceder con calma. *(Todos se sientan.)* Usted, señora. *(Por Magdalena.)* Usted, señora, se ha querellado ante el Juez de que su marido la engañaba; citaba este domicilio, donde podía comprobarse el delito de adulterio, ¿no es eso?

MAGDALENA — Eso es.

COMISARIO — Y, sin embargo, el señor dice que es usted su viuda.

MAGDALENA — Y lo soy.

COMISARIO — Pues si es usted viuda, ¿qué marido es el que la ha engañado?

MAGDALENA — *(Señalando a Lázaro.)* Ese.

COMISARIO ¡Ese! ¿Pero ese es su marido?

MAGDALENA Si lo duda usted, ahí tiene su partida de defunción. *(Alargándole una partida.)*

LAZARO *(Aparte.)* Ahora se vuelve loco.

COMISARIO *(Después de leerla.)* ¿Pero cómo? ¿Don Lázaro Retama ha muerto?

LAZARO Hace cinco días.

CESAR Yo firmé el certificado de defunción.

LAZARO *(A él.)* ¡Asesino!

COMISARIO Nada, que no lo entiendo.

DORA Pues es bien fácil: el señor se murió hace cinco días y resucitó anteanoche.

COMISARIO *(Muy digno.)* Que la mando a usted detenida.

LAZARO Fué un caso de catalepsia.

COMISARIO ¡Ah!; ¿pero usted tenía puesto ese invento famoso?

GALA Por desgracia, sí, señor.

LAZARO Desperté, y al llegar a casa, en vez de encontrarme a mi viuda llorando, me la encontré cenando; pero cenando mano a mano con ese sinvergüenza; con una bata color rosa y con una alegría como la bata. Esta es la verdad, señor Comisario. Vuelvo del otro mundo para decirle a usted que mi señora me engaña.

COMISARIO Eso es crear un precedente muy desagradable.

LAZARO Porque soy el primereo qeu vuelve. Pero deje usted que empiecen a volver maridos.

MAGDALENA Eso es una calumnia. Usted no puede fundarse más que en que iba a cenar con un amigo íntimo de la familia; en cambio, yo le sorprendo en esta casa, y ¡cómo le sorprendo!; fíjese, señor Comisario, ¡en pijama!

CESAR *(Reparando.)* Y que es mío, señor Comisario.

COMISARIO No empecemos otra vez con los jeroglíficos. *(En este momento sale por la derecha Casilda.)*

CASILDA ¿Quiere la señora que le sirva el ca...?

MAGDALENA ¡Casilda!

CASILDA (*Viéndola.*) Señora... (*Viendo de pronto a Lázaro y dando un grito.*) ¡Ah, la sombra.! (*Cayendo de rodillas.*) Perdón, perdón... no me haga usted daño. Usted era muy bueno; usted era un alma de Dios.

LAZARO ¿Lo oye usted, señor Comisario?

CASILDA En vida de usted, yo sabía que el señorito César le hacía el amor a la señorita...

MAGDALENA ¿Pero qué dice esa habladora?

CASILDA Y ella se dejaba querer.

LAZARO ¿Sigue usted oyendo?

CASILDA Yo lo diré todo, pero no me haga daño. Siempre que estaban solos decían que era usted un latoso, que no olía más que a espliego y aguarrás, y que tocaba usted el clarinete pa matarlo.

GALA Que se calle esa cotorra.

CASILDA Sí, sí, es verdad, y estaban deseando que se muriera usted para heredarlo y casarse ellos.

LAZARO Pues se fastidian, que no me he muerto.

CASILDA ¿Pero usté no es su sombra?

LAZARO Ya no soy ni sombra de lo que era. Aquí don Lázaro bonachón y confiado, ese, sí ha muerto.

CASILDA ¿Entonces las mil pesetas que me dejaba usté en el testamento?

LAZARO Ni sombra.

COMISARIO ¡Basta! Que se retire la criada.

DORA Retírate.

CASILDA (*Haciendo mutis.*) ¿Pero cómo habrá sío esto? Pa mí que se ha hecho el muerto pa enterarse de lo del médico.

COMISARIO Señores, el problema que han planteado ustedes es delicadísimo. Aquí, don Lázaro, cree que su mujer le ha engañado con el señor, y como justificante aduce que los ha sorprendido anteanoche cenando.

LAZARO Eso es.

COMISARIO Pues bien; su señora no ha podido engañarle porque no puede darse el caso de que

una viuda engañe a su marido: o es viuda o no es viuda.

CESAR — Muy bien.

LAZARO — Ah, ¿de modo que yo no he sido engañado?

COMISARIO — Usted no ha sido engañado porque usted no tiene existencia legal. Usted no existe. Hace cinco días que ha sido usted borrado del libro de los vivos por una serie de actos debidamente registrados.

CESAR — Y, sin embargo, yo he sido abofeteado por él.

COMISARIO — ¡Error también! Si no existe, ¿cómo puede abofetear a usted?

LAZARO — Pues dándole así. *(Acción de pegar.)*

MAGDALENA — ¿Y yo, que le sorprendo aquí, en la forma que usted ve?

COMISARIO — Continúa el error; el señor no puede estar aquí; el señor, legalmente, está en... ¿en dónde le enterraron a usted?

LAZARO — ¡En Nuestra Señora de la Buena Dicha y Nuestro Señor del Buen Acuerdo!

COMISARIO — Allí es donde está el señor, hasta que la ley le otorgue nueva existencia; para eso es preciso obtener la anulación de todos los actos de su muerte y volverle a dar estado civil...

MAGDALENA — ¿Y eso tardará mucho?

COMISARIO — Para que vuelva a tener todos sus privilegios, seis u ocho meses.

LAZARO — ¿De manera que hasta entonces yo no soy nadie?

COMISARIO — Nadie.

LAZARO — ¿Y si le atizo otro puñetazo al señor?...

COMISARIO — Le llevo a usted detenido... *(Retractándose.)* Es decir, yo no puedo detenerle, porque ¿a quién detengo yo?

LAZARO — ¡Pues claro!

COMISARIO — En fin; yo he cumplido, y hasta les he dado ligeras nociones de la legislación vigente, y como aquí nada tengo que hacer, con el permiso de ustedes, me retiro.

MAGDALENA ¿De modo que mi denuncia?

COMISARIO Ya le he dicho que ese es un caso que precisa otros trámites.

LAZARO *(Saludando.)* Señor Comisario.

COMISARIO *(Saludando.)* En la Dirección de Seguridad, don Rosendo Perdiguero .

LAZARO Aquí, don... don Nadie..., porque yo no soy nadie.

COMISARIO Por ahora, no. Buenos días. *(Hace mutis por el foro.)*

MAGDALENA Bueno; ahora usted me dirá qué piensa hacer, porque yo no puedo continuar de viuda sin serlo.

CESAR Ni yo recibiendo golpes de un señor que cuando atiza existe y cuando se los van a devolver no existe.

LAZARO La verdad es que yo estoy en el mejor de los mundos.

GALA Usté tiene necesidad de resucitar o seguir en el otro mundo lo más pronto posible.

LAZARO ¿Tienen ustedes prisa, verdad?

MAGDALENA Claro, yo quiero fijar mi situación.

LAZARO Y a usted le molestaría volver otra vez a ser la señora de don Lázaro Retama, de un hombre que no huele más que a aguarrás y a espliego, que toca malísimamente el clarinete, que es reumático...

MAGDALENA Yo... La verdad... Me había hecho ya la ilusión de que era viuda...

LAZARO Está bien. Querido Lapuntilla, acércate.

CESAR ¿Me va usted a dar un golpe?

LAZARO Te voy a dar una solución, que supongo será del agrado de todos.

DORA *(Aparte.)* ¿Qué se le habrá ocurrido?

LAZARO Tú tienes un gran empeño en casarte con mi mujer, ¿verdad?

CESAR Cuando la creí viuda, sí, a qué negarlo.

MAGDALENA Todo lo teníamos arreglado... nos íbamos a América...

CESAR Yo había reducido a dinero mi pequeña fortuna. Trescientas mil pesetas, que llevo aquí, en un cheque del Banco.

LAZARO ¿Es al portador?

CESAR Al portador.

LAZARO Dámelas.

TODOS ¡Eh!

CESAR ¿Que yo le dé mi fortuna?

LAZARO Sí, hombre, sí. Yo, en cambio, te dejo mi viuda, mi dinero, que lo hereda mi viuda, y mi suegra; mi suegra es algo así como los réditos.

GALA ¡Grosero!

CESAR ¿Habla usted en serio?

LAZARO Y tan en serio. Tú me das esas trescientas mil del ala y yo, con ellas, abueco el ídem y desaparezco de Europa para siempre; es decir, que yo no resucito, mi mujer continúa en su estado de viudedad y cuando os dé la gana os casáis, y aquí no ha pasado nada.

CESAR ¿Y dónde se va usted?

LAZARO Lejos, muy lejos... Tengo proyectado un viaje, por tierras casi desconocidas.

CESAR *(A Magdalena.)* Siendo así, no debo tener inconveniente...

MAGDALENA Claro que no, porque lo que él me deja, si no mucho más, pasa de trescientas mil pesetas.

CESAR *(Dándoselo.)* Entonces, ahí va el cheque...

LAZARO *(Leyendo.)* ... Al portador... trescientas mil...

CESAR Hágame usted un recibo.

LAZARO Imposible; estoy muerto.

CESAR Ah. es verdad.

LAZARO ¿Ven ustedes como la solución les iba a agradar?

MAGDALENA De todos modos, yo te seguiré llorando unos días más.

LAZARO Muy bien; puedes llorarme hasta primero de año, y año nuevo, vida nueva.

GALA Pues ya estamos aquí de más.

CESAR Amigo Lázaro.

LAZARO Nada de Lázaro; Lázaro duerme el sueño eterno.

CESAR — Entonces, ¿cómo me despido de usted?

LAZARO — Pues despídete... a la francesa o como quieras, y ya puedes irte orgulloso; eres el primero que se casa con una viuda de un hombre que vive.

MAGDALENA — Que tengas buen viaje.

LAZARO — Y tú una luna de miel interminable.

GALA — ¡Hasta nunca!

LAZARO — Lo mismo digo. *(Hacen mutis Magdalena, Gala y César por el foro; apenas han hecho mutis, le dice Dora, entusiasmada):*

DORA — ¡Es usted inmenso! ¡Si no lo veo no lo creo! ¡Cómo ha resuelto el conflicto, para evitarse el escándalo de un divorcio y para poderme cumplir lo del viaje, ¿porque supongo que nos iremos en seguida?

LAZARO — Nos iremos, pero más tarde. Primero cobro el cheque, después resucito, recobro el dinero que dejaba a mi mujer y después nos vamos.

DORA — ¿Pero y la palabra dada?

LAZARO — Yo no puedo dar palabra, porque no soy nadie. Lo único que he hecho es cobrarle a Lapuntilla la cena de Nochebuena con mim ujer; y me parece que se la he cobrado bien!...

DORA — Dirán que eso no lo hace un muerto.

LAZARO — Y tienen razón: esto no lo hace más que un vivo.

TELON

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, ídem íd.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem íd.
La marcha de Cádiz, ídem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto.
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem íd.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de «Curro Vargas».
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, ídem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La Virgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, zarzuela en un acto.

El pícaro mundo, ídem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
Gloria pura, ídem íd.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem íd.
Frou Frou, humorada lírica en un acto.
La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem íd.
El ilustre Recóchez, ídem íd.
El aire, ídem íd.
El rey del valor, ídem íd.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de te, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, ídem íd.
La hostería del laurel, ídem íd.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos.
La alegría de vivir, ídem en cuatro actos.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amor, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírico-satírica en dos actos.

Pasta flora, comedia en tres actos.
El debut de la chica, monólogo n prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.
España Nueva, profecía cómiço-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos.
El tren rápido, ídem íd. íd.
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, juguete cómico en dos actos.
Sierra Morena, boceto de sainete, original y en prosa.
Las alegres colegialas, zarzuela en un acto.
El velón de Lucena, magia en cuatro actos.
La bendición de Dios, sainete en dos actos.
El Infierno, comedia en tres actos.
El asombro de Damasco, zarzuela en dos actos.
El río de oro, viaje cómico en dos actos.
El viaje del rey, juguete cómico en tres actos.
La gentil Mariana, juguete cómico en dos actos.
Nieves de la Sierra, comedia en tres actos.
El Rey del Tabaco, melodrama en trese actos y un prólogo.
El niño judío, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros.
Los cien mil hijos de San Luis, juguete cómico en tres actos.
Juanito y su novia, diablura cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
Muñecos de trapo, farsa cómico-lírica en dos actos.
Pancho Virondo, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros.
Las aventuras de Colón, humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
El padre de la Patria, juguete cómico en tres actos.
El pobre Rico, juguete cómico en dos actos.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos.
Los baños de sol, comedia en tres actos.
La caída de la tarde, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros.
El portal de Belén, entremés.
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos.

¡No te cases, que peligras!, sainete lírico en un acto y tres cuadros.
Ojo por ojo, humorada lírica en un acto, dividido en tres cuadros y un radiograma de madrugada.
Melchor, Gaspar y Baltasar, juguete cómico en tres actos.
Bataclán, escenas de la vida de un payaso, en tres actos.
La guillotina, zarzuela en dos actos.
Nuestra novia, comedia en tres actos.
Mi marido se aburre, juguete cómico en tres actos.
El apuro de Pura, farsa matrimonial en un acto.
El burlador de Medina, comedia en tres actos.
El cerdo de Avilés, magia en tres actos.
Benamor, opereta en tres actos.
La luz de Bengala, zarzuela en dos actos.
La moza de Campanillas, zarzuela en tres actos.
Las mujeres de Zorrilla, juguete cómico en tres actos.
Su desconsolada esposa, juguete cómico en tres actos.

OBRAS DE MARTINEZ CUENCA

Burla de amor, comedia en un acto.
El sentido práctico, comedia en dos actos.
Impaciente, monólogo.
La villa silenciosa, tragicomedia en dos actos y un epílogo.
La pasión implacable, comedia en tres actos.
Su desconsolada esposa, juguete cómico en tres actos. (En colaboración con Antonio Paso.)
Una golfa, drama trágico en un acto. (Traducción.)

Semana de pasión, novela.
Cuentos pasionales.
Teatro de amor.

CESAR DE MARTINEZ CUENCA

Toda la obra, comedia en un acto.
El estilo radical, comedia en dos actos.
Cuentos, monólogo.
Los dos alfileres, monólogo en dos actos y un epílogo.
La pasión amplificada, comedia en tres actos.
Ya es demasiado tarde, juguete cómico en tres actos. (Mi-
[illegible] con Antonio Ma[illegible]
[illegible] a Italia en un acto. (Traducción.)

Teatro de juventud, novela.
Alrededor parlamentario.
Cuentos de amor.

Los ejemplares se han impreso para el servicio de las Compañías de Provincias.

Precio: 3 pesetas.